TRAGEDIA.

MARCO ANTONIO TRIUNVIRO.

TRADUCIDA DEL ITALIANO.

ACTORES.

Marco Antonio, Triunviro y Consul.
Octavio Augusto, Triunviro y Consul.
Cleopatra, Reyna de Egipto.
Cesarion, Hijo de Cleopatra y del Dictador Julio Cesar.
Agripa, Pretór de Octavio.
Ventidio, Pretór de Antonio.
Domicio, Tribuno de Antonio.
Guardias de Cleopatra.
Soldados { *de Octavio.* / *de Antonio.* }

La Scena es en Alexandria y sus contornos.

ACTO I.

Sala regia en el Palacio de Cleopatra donde ha de haber à la izquierda un trono, y enmedio una mesa ricamente aparada, con sillas para tres personas: detrás de ellas tendidos en ala quatro Oficiales de la guardia Real, dos Criados y dos ò tres Damas.

Antonio, Cleopatra, y Cesarion sentados à la mesa.

Ant. NO, hermosa Reyna; el Egipto
à la gran Roma no envidia
sus delicias y su fausto,
antes bien queda excedida
al explendor de tu Reino,
tus mesas, tus exquisitas
joyas, preciosas aun mas
que quantas en Creso explican
las fabulas de la Grecia;
mas que quanto la infinita
mano de Jupiter sumo
previene en la esfera impirea
à los demás dioses. Sea
no obstante expresion concisa,
sola Cleopatra equivale
à quanto en el mundo habita. *Se levan.*
Sea quien fuere Antonio, en vano
à corresponder aspira
à tu tierno amor, al Real
talamo que le destinas,
y à tu hermosa mano blanca.
Esta es un gloria, digna
apenas de una deidad,
y demasiado excesiva
à todo mortal. Los otros
favores, preséas ricas,
y beneficios ilustres
de que me colmaste fina,
pretendo recompensarte

quanto puede, y solicita
un Romano, un Marco Antonio
y un Triunviro, que en distintas
veces à todo el Oriente
en quanto dos lustros giran
midió à pasos de victorias,
y vió sugeta y sumisa
la mejor parte del mundo
à su voz. Son mis conquistas
la Cilicia, la Judéa,
Argos, Chipre, Celesiria,
Corinto, Arabia; y porque
las conquistó la osadía,
oy el amor las ofrece
à tus plantas peregrinas.

Cleop. Mui digno es de Antonio el dón,
mas para amarte rendida,
para elegirte entre tantos
à mi trono, à las delicias
de mi glorioso himenéo,
no hubo menester mi altiva
condicion sino à ti mismo,
y al corazon que me aníma.
Con las dadivas se compran
las almas prostituídas.
Una Reyna, una heredera
de los Ptolomeos digna,
à cuyo renombre el mundo
es esfera reducida,
y la Viuda del perpetuo
Dictador, oy sus caricias
no las vende, se las rinde
al que fino se publica
mas leal al grande Cesar
muerto à manos atrevidas.
En debida recompensa
de la fiel terneza mia,
no quiero algun dón, ò quiero
solo tu amor. Oh permita
el Cielo, si eres mas sabio
que él, ò tienes mayor dicha,
que seas mas leal para
Cleopatra! A su gloria misma,
à los derechos de Roma
y al ódio antiguo que excita
contra barbaras naciones,
sacrificó la ojeriza
de Cesar una consorte,
una Reyna; y yo benigna
le perdono este delito,
porque estrechas le venian
à su grande corazon
estas margenes Egipcias.
Nacido para triunfar
sobre el mundo, pretendia
servir al genio de Roma;
y el genio de Roma iniqua
(yo se lo predixe) fué
su muerte, su estrago y ruina:
Ah! que aquella muerte horrible
me hace temblar por tu vida!
Roma, la inconstante Roma,
no es madre, es madrasta esquiva
de sus mas ilustres hijos.
¿Y hasta quando la oprimida
tierra deberá temblar
baxo su coyunda impia?
¿A tanto asciende en cien lustros
una villana quadrilla
de vandidos, que se alaba
con afrenta conocida
de la progenie de Eneas?
¡Eterno baldon! Indigna
verguenza del Universo,
con quien Roma si se mira
no es mas que un sucinto espacio
de tierra infecunda! De ira
me abraso: y me ruborizo
de recelarla enemiga;
pero, con todo, la temo,
à pesar de mi osadía,
mas que al restante del mundo.
Sobre mi frente vacila
mi Real corona: mi amor,
esposo, en tu pecho espira,
y de un hilo incierto pende,
hijo querido, tu vida.
¿Y porqué tanto terror?
¿Porqué tan rara ojeriza?
Porque no nací romana.
Porque yá las bodas mias
no aprueba un Senado injusto,
y porque en ti verifican
un hijo de Julio Cesar.
Vé aqui las culpas precisas
por quienes mi honor se insulta;

de mi Cesarion los dias
se amenazan ; se le llama
à Antonio desde la orilla
del Nilo al margen del Tiber ;
entra en las lindes Egipcias
oy à la testa de diez
y seis legiones altivas,
como nuestro Juez Octavio
Augusto ; y tal vez se mira
un segundo Marco Bruto
venir en su compañia.
Ant. Venga , y se arrepentirá
de haber venido à mi vista.
Ahora no estamos en Roma,
ò en el Senado , en quien brilla,
y en quien de todo decide
una falsaria energía,
un perorar atrevido ;
y donde forma distintas
veces un puñal traidor
un heroe en la fantasia.
En Africa estamos ahora ;
veinte legiones se alistan
debaxo de mis banderas,
y aun el Oriente milita
en mi favor. Vaya à Roma
quien sus decretos estima.
Venga Octavio , mas ya sabe
quien soy : ya midió en Sicilia
en Módena , y otras partes
su espada vil con la mia,
y sabe por prueba qual
mejor temple participa.
El es un traidor cobarde,
que no tendrá la osadía
de ponerse en mi presencia,
sin que su rubór le aflija.
Es un aleve , un ingrato,
pues rompiendo las divinas
leyes , los pactos inmunes
que al Triunvirato nos ligan,
oprimió à Lépido , y luego
à mí oprimirme imagina,
que solo por ensalzarle,
y por vengar la improvisa
muerte de Cesar su tio,
hice correr sangre viva
las margenes de las ondas ;
pero vivo todavia,
siempre seré Marco Antonio,
y tengo espada en la cinta.
A eterno pesar de Octavio,
del Senado , y de la iniqua
Roma , sabré hacer que brote
nuevamente à nueva vida
desde la pálida tumba
caliente la sangre invicta
del gran Cesar. Vé aqui , ò Reina,
en Cesarion reunidas
las esperanzas del Orbe,
que flaqueaban indecisas.
Vé aqui un joven , que à los Heroes
del Tiber atemoriza.
En él previenen à Octavio
las deidades vengativas,
ribal , amenaza , susto,
precipicio , estrago y ruina.
Cesar. Acredite tus presagios
el cielo. Mi pecho anima
un corazon mas altivo,
que quanto tu labio dicta.
¿Mas de que sirve ser grande
donde triunfa la perfidia
y la impiedad ? Yo he nacido
à la Real Soberanía ;
pero acaso en mi se adorna
la victima compasiva
que al ambicioso furor
de Octavio y Roma destinan
los hados. Siento que rompe
ya mis venas reprimidas
el sacrilego puñal
que à Cesar quitó la vida.
Me parece que ya veo
en el campo que acaudilla
Octavio , renacer otro
Marco Bruto , cuya insidia
contra mí...
Anton. Temes en vano,
mientras Antonio respira.
Juro à los Numenes santos, *à Cleopatr.*
protesto à las peregrinas
luces de tus bellos ojos ,
que son en mi idolatria
el mejor Numen , guardar
con la sangre que me anima

tu Real Diadema, tu trono,
tu amado hijo, y mis conquistas
contra el Senado y Octavio,
y aun contra el mundo, si aspira
à irritarme. Tu verás
si sirve mi amistad fina
à la memoria de Cesar
aun hasta la tumba fria;
pues en honor de su nombre,
haré que al aire tendidas
quatrocientas velas, pueblen
nuestro mar al nuevo dia,
y que de infinitos remos
la blanca espuma impelida,
suba à obscurecer el Sol
entre nieblas cristalinas.
Arabes, Persas, Fenicios,
todo el Oriente à porfia
desembarcaré en Italia;
por donde el paso dirijan
mis tropas al par de Xerxes,
agostarán las campiñas,
y empobrecerán los rios
atonitos à su vista.
¿Qué no haré? La injusta Roma,
soberbia, cruel y altiva
verá à la testa del Asia,
de Africa y España unidas,
un hijo del grande Cesar
à quien ofende su envidia.
Me verá con una mano
guiarle al trono en que habia
de reinar su excelso padre,
y con la otra nunca omisa,
esparcir la sangre, el fuego,
el pasmo, el asombro y la ira.
El Senado, el Campidolio,
el foro, altares, cornisas,
Numenes y simulacros,
hacer débiles cenizas
y construir nuevo Imperio
sobre sus caducas ruinas,
porque absorto el pasagero
al reconocerlas diga.
Aqui fué Roma, mas ya
Roma en el Egipto habita.

Sale Ventidio.

Vent. Señor, gran Reina...
Anton. Ventidio,
¿qual es la infausta noticia
que nos anuncia tu rostro?
Ventid. A vista de Alexandria
llega Octavio en este instante.
Anton. ¿Y solo eso te horroriza?
Cleop. ¿Qué tropas trae?
Ventid. Toda Europa
conduce en armas. A vista
del puerto trescientas naves
amainan las velas rizas,
y cien mil infantes en
la playa las tiendas fixan.
Anton. Y bien? Deseles la guerra,
pues la guerra solicitan,
que yo nunca he sido avaro
de estrago, de sangre y ruina.
Ventid. Yo no recelo las armas
del Senado vengativas,
ni de Octavio: él no fué nunca
gran Capitan: me intimidan
solo sus artes sutiles.
Se adelantó à una entrevista
tambien con su hermana Octavia,
su leal Pretór Agripa.
Este desembarcó ahora,
y à mi el cuidado me fia
de introducirle à que te hable;
Octavia espera sumisa
sobre su baxel enfrente
del Faro alguna propicia
orden tuya.
Cesar. Señor... Madre...
Ya llegó nuestra desdicha.
Cleop. Hijo, yo tambien lo veo.
Anton. ¿Porqué, Principe, afligida
Reyna, porqué?
Cleop. Porque Octavia
de tu pecho me desvia.
Aquesta ilustre ribál,
esta, que un tiempo fué digna
esposa tuya, y de Octavio
repudiada hermana invicta,
ahora viene armada de artes,
de lisonjas y caricias
à triunfar de mi engañada
fé, de mi amor y mi vida,
y à arrancarte de la mano

las armas que altivo irritas,
si puede. ¡Infeliz Egipto,
triste Reyna seducida,
si Antonio te abandona! Hijo
mio, en suerte tan esquiva
no nos queda mas arbitrio
que implorar con repetidas
ofertas, y con tributos
la clemencia compasiva
de Octavio, el Senado y Roma:
tal accion me ruboriza,
mas debe ceder al tiempo
el que contrario exâmina
el destino. Ola, al instante
nuevas viandas se sirvan
sobre esta explendida mesa
que mi real fausto acredita.
Y tú, Ventidio, vé luego
à esa mi ribal, vé à Agripa
y les dirás en mi nombre
que à entrambos espera fina
mi lealtad en mi palacio;
que à favor de Roma invicta,
que à honor de Octavia, me olvido
de ser amante, querida,
Reyna, esposa, y voluntaria
la cedo à Antonio sumisa
con el trono de mis padres,
si à tanto su orgullo aspira.

Anton. Octavia ha sufrido en Roma
mi repudio, y es mui digna
de padecerle. No; Antonio
no es tan ciego que redima
el bien de una Ciudadana
cediendo nobles delicias
que en las bodas de una Reyna
mi corazon solemniza.
Que Agripa venga, si quiere,
mas Octavia antes que el dia
se apague en tumbas de nacar
dexe la ribera Egipcia.

Vent. ¿Y si reusa partir?

Anton. Sea prisionera. *Vase Vantidio.*

Cleop. ¿No miras
que Octavio?

Anton. No temo à Octavio,
ni yo sufro sus indignas
leyes: entrambos Triunviros
somos. Su patria y la mia
nos es comun. Soi Romano
tambien; y si se exâmina,
soi mayor que él siendo solo
Antonio. Tiene mas dicha
y mas razon el mas fuerte.
La sangre de Octavio iniqua
fué à Lepido fatál, y oy
tal vez mas fatál podia
serle à Antonio. No se opongan
à mi querer atrevidas
leyes; que las sufra Octavio,
y si razon solicita,
yo le daré la razon,
mas con el estrago y la ira.

Cesar. Agripa se acerca.

Anton. Ocupa
la esfera del trono, altiva,
bella Cleopatra, y tú asciende,
Señor, à la regia silla
de tu diestra.

Lo executan, y Antonio permanece en pie en medio del teatro.

He de mostrarles
yo mismo à estas enemigas
Romanas almas soberbias,
que no tan solo se cifra
todo el Universo en Roma;
mas que puede si se mira
dár leyes solo el Egipto
à la Romana osadía.

Sale Agripa.

Cleop. Repara, Cesarion, todo el orgullo
del Senado Romano en ese aspecto.

Agrip. Yo he pretendido hablar al gran-
de Antonio,
no à la hija del Egipcio Ptolomeo.

Anton. De Ptolomeo à la hija mal distin-
gues
de Antonio, quando unidos considero
su destino y el mio.

Agrip. Adios, Antonio.

Anton. ¿Porqué te vas sin declarar tu in-
tento?

Agrip. Porque en nombre de Octavio me
dirijo
aqui. En nombre de Roma à hablarte
vengo,

y escucharme no quieres.

Anton. Ya te escucho.

Agrip. Mas no me escuchas solo, y solo debo
hablar contigo.

Cleop. En mi palacio augusto
tambien quanto se trata escuchar puedo.

Anton. Mucho excede en presencia de una Reyna
en un Pretór Romano el ardimiento.

Agrip. Sus Pretóres envia à imponer leyes
Roma aun à los Monarcas mas excelsos.

Cleop. Agripa, solamente de mí misma
recibo yo la ley, y à Roma intento
hacerselo saber de qualquier suerte.

Agrip. Eres muger; no puedo responderte.

Anton. Pues respondeme à mí: rompase todo
reparo. ¿A qué te envia ese soberbio
Triunviro? ¿Qué pretende de mi Roma?
Yo me declaro à ti y al mundo entero
esposo de Cleopatra, arbitro y padre
de sus vastos dominios y sus Reynos,
apoyo à sus derechos, firme escudo
de Cesarion su hijo, y en su pecho,
vengador de la sangre del gran Cesar.
Delante de sus ojos oír debo
à quien me quiere hablar: nos son comunes
intereses y glorias: yo sin ellos
no escucho trato alguno; paz no admito,
ódio la tregua, y la amistad desprecio
con Octavio y con Roma.

Agrip. ¿Y en Antonio
tanto de una muger puede el imperio?
¡De tu debilidad me ruborizo!
Misera Roma, eleva desde luego
con la rueca, y el huso en cinta y mano
la estatua Equestre à este Campeon Romano.
Mas pues que tú lo quieres, como gustes
cumpliré mi deber. Ola: un asiento
para mí. *Traen una silla.*

Cleop. En mi presencia se permite
solo à un Monarca tanto privilegio.

Agrip. Lo mismo es un Romano que un
Monarca. *Se sienta.*

Cesar. ¡Qué insolente osadía! Ya no puedo
tanto orgullo sufrir. Permitid, madre,
que de aqui me separe, ò que mi acero
à tus plantas destroce à ese enemigo.
Vase mirandole con ira.

Agrip. Eres mui niño tú; no hablo contigo.

Anton. ¿Con quien hablas, en fin?

Agrip. Roma me envia,
y à Antonio me dirigen sus decretos.
Ella misma le intima por mi labio,
que en la breve extension, el giro estrecho
de quatro dias solos determine
deponer en Octavio los derechos
al gobierno del Asia, las augustas
insignias, de las tropas el supremo
comando, que abandone del Egipto
las riberas, que marche à Roma presto
Ciudadano privado, y que humillado,
razon de su conducta dé al Senado.

Anton. ¿Yo licenciar las tropas? ¿Yo las playas
de Oriente abandonar? ¿Yo del gobierno
desposeerme asi? ¿Roma, à quien cree
imponer esa ley? ¿Octavio ciego,
Agripa delirante, con quien juzgan
hablar, que à tanto asciende su denuedo?
Reconocedme bien: yo soy Antonio,
Consul y Senador en Roma, y siendo
Triunviro, en fin, lo mismo que Octaviano
le reconozco igual, no Soberano.
¿Y quien os ha enseñado, almas injustas,
à hacerle poderoso y opulento
quando habeis menester al Ciudadano,
y humillarle despues, si os causa zelos,
à esclavo y vil? Una prudente patria,
ó no eleva sus hijos con exceso,
ò elevados en fin, los acaricia
por no hacerlos tiranos. Yo fui un tiempo
el idolo de Roma, y oy pretende
con-

contra razon ese inconstante pueblo,
sobre mi triste ruina irreparable
construir nuevo altar à idolo nuevo:
mas no lo lograra : tengo à mis ojos
la desgracia de Cesar. Aun conservo
del Dictador la vesta ensangrentada,
que me enseña à temblar de igual suceso,
que solo me aconseja confiarme
de la inviolable fé de mis derechos,
y à remitir tambien la razon mia
solo à las decisiones del acero.
Que las armas deponga Octavio al punto,
A él se le intíme à Italia su regreso,
à él, que intenta usurparme injustamente
la mitad que me cupo del imperio.
Vaya él à Roma ; en ella justifique
su razon : satisfaga de los Reynos
invadidos por él ; de las traíciones
con que à Lepido oprime , y del soberbio
fausto con que à un Antonio siempre invicto,
à un Triunviro igual suyo, y à un guerrero
tan superior à él , manda que le hable
un Pretór en la voz de sus decretos.
Conocerán entonces las edades,
decidirán los dioses justicieros
entre los dos con juicio mas prudente
qual es el reo , y qual el inocente.

Agrip. Antonio , si solo ese es tu deseo,
Roma decidió ya que eres tú el reo.
¿Dónde está tu consorte ? ¿Asi abandonas
à una hermana de Octavio en su tormento ?
¿A una Romana en brazos de su pena,
donde sufra el rubor y el vituperio
de un infame repudio , para hacerte
campeon , defensor y apoyo à un tiempo
de una hermosa estrangera , conocida
mas bien en la extension del Universo,
(lo diré sin guardar reserva alguna)
por sus artes , que no por su fortuna ?
¿Adónde están los frutos? ¿Donde existen
de las conquistas tuyas los trofeos ?
Dos años ha que en Asia haces la guerra.
Qualquier soldado tuyo , aunque inexperto,
cuesta à Roma un tesoro. No despiden
las Italianas playas algun leño,
que al Asia no conduzca à tus legiones,
provisiones tal vez , ò tal vez sueldos.
Has saqueado à Roma , à Italia , al mundo
para enriquecer solo errado y ciego
barbara gente estraña ; y quanto inmensa
brota la tierra, guarda el mar soberbio,
agrega la ambicion , y el cielo cria
consume una muger. ¿Quién lo creeria?

Cleop. ¿Quién es esta muger ? Yo hablo contigo,
temerario Pretór. Tú ignoras necio
quien es ahora Cleopatra , y quien ha sido
la extirpe siempre real de Ptolomeo.
Era un rudo village tu gran Roma,
y apenas circuían su terreno
quatro rusticas chozas , quando en Menfis
reinaban ya mis inclitos abuelos.
Solo en una estacion rinde el Egipto
mas fruto , que en diez Roma. A nuestro inmenso
Nilo , que en siete bocas se derrama
dentro del mar , no puede dar sediento
agua el misero Tiber : solamente
un piramide altivo de los nuestros,
vale mas que la misma Roma , y suele
mirarle el advertido pasagero
con mas admiracion que à sus heroicos
siete montes. De aqueste vasto Imperio
soy yo la Reyna , la unica heredera,
y es tanta la riqueza que conservo,
son tantos mis tesoros, que nunca hube
menester usurparme los agenos.
Viles Romanos , almas mercenarias,
decidme , ¿teneis algo que sea vuestro ?
Los robos , los tributos , los despojos
de

de todo un mundo injustamente opreso
exâusto y saqueado os hacen ricos ;
¿Quantas veces yo misma en varios tiempos
à las legiones de la excelsa Roma
proveí con mis bienes de estipendios,
quarteles , equipages y vituallas ?
¿Quantas veces,decid, quantas vinieron
vuestros heroes tambien, no à hacer la guerra,
sino à saciar el hambre en nuestra tierra ?
Ah ! no, Romano audáz , no me conoces,
pues que tan mal me juzgas ; mas yo quiero
me conozcas no obstante. Ola... Que vean

Se acerca una de sus Damas à quien habla al oido brevemente , la qual se vá y vuelve con una taza dorada en una salvilla.

si yo codicio dones estrangeros,
y si empobrece Antonio à los Romanos
por saciar con sus bienes los deseos
de una muger. En esta taza , llena
de un espirituoso aureo licor bello
que puede liquidar las orientales
perlas ultramarinas , esta intento

Se quita una gruesa perla que deberá llevar por pendiente y la hecha en la taza.

disolver. Esta , que es la mas preciosa
de quantas heredé de mis excelsos
predecesores.

Anton. Reyna , ¿qué imaginas
executar con semejante exceso ?

Cleop. Quiero enseñar à Roma de esta suerte,
que sus tesoros envidiar no debo,
pues de los mios medio millon bebo. *bebe.*
Antonio , beba esta otra.

Quiere hacer lo mismo.

Anton. No es posible.

Agrip. Reserva ese precioso monumento
para eterno testigo de tu fama.

Cleop. Asi respondo à quien mi nombre infama. *Vase.*

Agrip. Este es vano litigio , y nada llega
en tanto à resolverse. Di, ¿qué debo
responder al Senado ?

Anton. Quanto gustes.

Agrip. ¿Y à Octavia esposa tuya?

Anton. Que al momento
regrese à la gran Roma, de quien vino;
ella solo merece mi desprecio :
la causa yo la sé ; mas de mis causas,
no doy satisfaccion sino à mi mesmo.

Agrip. Luego à Octavio dire...

Anton. Que leve el ancla
de la asiatica arena ; que muy presto
de los pueblos à Lepido usurpados
ceda la parte mia , y le prometo
ser su amigo , si amigo me pretende.

Agrip. Dura es la ley : de ti no la queremos
recibir. A unos pactos tan infames,
tan escabrosos , duros y violentos,
Octavio no dará paz à la tierra. *Vase.*

Anton. Bien : sino quiere la paz sufra la guerra.

ACTO II.

Pabellon Real de Octavio, que abraza toda la Scena , y abriendose despues en dos mitades dexa ver el mar y la campaña , y sale Octavio y Domicio.

Octav. Ven , oh Domicio : mi tienda
es de Romanos asilo,
y à Octavio basta el mirarte
de Roma subdito , è hijo
para que te ame y escuche.
Yo jamás he confundido
con los publicos derechos
los efectos privativos
de la amistad , ni sus leyes.
Si Antonio desdeña impio
ser mi igual , subdito à Roma,
y quiere desvanecido
reynar solo , yo por esto
no aborrezco sus amigos,
ni sus soldados , à quienes
aprecio aun mas que à los mios.
Barbaro Antonio , ¿porqué
me violentas atrevido

à volver contra los pechos
Romanos los corbos filos
de las Romanas espadas?
Juro, protesto y afirmo,
que à fuerza vibro el acero.
Pero tú, ¿porque motivo
te pasas à nuestro campo?
Domic. Vengo à ofrecerte sumiso
con mi valor y mi espada
una legion que acaudillo.
Octav. ¿Mas porqué dexas de Antonio
los estandartes altivos,
y aconsejas sus soldados
à la desercion?
Domic. Benigno,
Señor, ¿y quien siendo noble
puede sufrir el dominio
(sin rubor) de una muger?
¿Quién los laureles invictos
fructificar con la sangre
para un General omiso
y afeminado que duerme
en brazos de su apetito,
mientras nos lleva à nosotros
al estrago y al cuchillo?
¿Correremos à la muerte
mientras Antonio rendido
à el alhago de Cleopatra
pasa los dias tranquilos,
en mugeriles festejos,
cenas y juegos distintos
con que la barbara Reyna
vá aprestando el precipicio
à la Romana virtud
y al claro explendor Latino?
No, gran Señor, los derechos
de Octavio son yá los mismos
que los de Roma. Debemos
consagrarla nuestros brios,
sangre y espada, y seremos
del nombre Romano dignos.
Octav. Sois Romanos, si lo justo
defendeis. Por un edicto
que hice publicar à nombre
mio y de Roma en Epiro,
fueron notorias al mundo
las razones que he tenido
para esta guerra; y à todo
mi exército determino
publicarselas, primero
que saque el acero limpio.
Tus soldados en mis lineas
encuentren quartél y abrigo:
si son desertores, logren
perdon; y à cada uno libro
dos pagas.
Sale Agripa. Señor, de Antonio
un Pretór quiere contigo
hablar en su nombre.
Octav. ¿Sabes
como es el suyo?
Agrip. Ventidio.
Octav. Que llegue y hable.
Domic. ¡Qué causa
le traerá!
Sale Ventidio.
Octav. Ventidio, amigo,
yo espero que tu, Señor,
habiendo entrado en sí mismo,
conductor de mas felices
nuevas te habrá dirigido
à un su cuñado, à un sú igual
en el sólio. No ha partido
mi hermana de estas riberas
todavia, y su cariño
desea unirla à él. Deponga
Antonio, armas y dominios
le depondré yo tambien,
è iremos à Roma unidos.
Hablaré yo en el Senado
por él, y no piense omiso
en el resto, que yo siempre
soy Octavio.
Ventid. No he venido
à eso.
Octav. ¿Pues à què veniste?
Ventid. Hay un traidor fementido
en tu campo y tus quarteles.
Es Antonio tu enemigo,
segun quiere la razon
de estado en vuestros litigios,
pero no te odia por eso.
Intenta con este aviso
precaverte, y renovando
los exemplares de Pirro,
quiere mostrar que es Romano,

y que por serlo es invicto.
Octav. La prevencion no es inutil.
¿Quién es el traidor?
Vent. Domicio:
él es el traidor; no temo,
y en su presencia lo digo.
Quien fué desleal à Antonio
no puede proceder fino
con Octavio, ni el Senado,
habiendole aquel provisto
de honras, dones y mercedes.
Mas él, de un Tribuno indigno,
de un infame Capitan
y de un traidor fugitivo,
no quiere venganza, ò quiere
vengarse con beneficios.
Por medio mio le envia
su esposa, su hermano, è hijos
con sus bienes, que dexó
de temor à nuestro arbitrio,
Salen los que le traen.
y yo en sus manos entrego.
Aprenda à ser advertido
un Octavio del exemplo
que en el grande Antonio ha visto. *vas.*
Octav. Aprende à ser siempre heroico
él tambien de Octavio mismo.
Si à ti tus bienes te envia,
yo à ti propio le remito.
Domicio, à tu Señor vuelve,
y reconduce contigo
tu legion. Entre mis tropas
no hai sueldo, quartel, ni auxilio
para vosotros. Andad,
verted la sangre en servicio
de quien os hizo mercedes
y honras. Yo no necesito
de vuestros aceros. Quanto
mas resplandezcan activos
contra mi, quanto mas duros
sean sus golpes temidos,
me sereis mas admirables,
mas amados y bien quistos.
De esta suerte hago la guerra
con Antonio. Volved, idos,
y persuadidle à que Octavio,
guerrero como benigno,
aun tambien ama el valor
de sus propios enemigos.
Domic. ¿Quién creyera en dos ribales
crueles y vengativos
encontrar tanta virtud
para eterno rubor mio? *Vase.*
Octav, Ya estamos solos, Agripa.
Y bien, ¿à mi hermana has dicho
en mi nombre que se aparte
de las riberas de Egipto,
donde está para abortar
el horroroso estallido
de la guerra à la gran Samos,
en Grecia, donde medito
embiarla mis preceptos?
Agrip. Pronta, Señor, à tu aviso
las playas de Alexandría
dexa en este instante mismo.
Octav. ¿Sintió mucho la repulsa
de Antonio?
Agrip. Yo no imagíno
posible poder pintarte
su gran corazon invicto.
Digna hermana de Octaviano,
desmintió el mas leve indicio
de envilecerse, ni el rostro
demudó el menor deliquio.
Llora, no yá sus agravios,
lamenta los precipios,
llora el estrago, y la sangre
que debe en aqueste sitio
costar à su excelso hermano,
à Roma y à sus patricios
su venganza. Ay! dexame,
(repetia entre suspiros)
¿con que ha de ser tan fatál
à Roma en igual peligro,
Octavia en fin, como à Troya
la Griega Elena lo ha sido?
Ah! escusese si es posible
la sangre, el fuego, el cuchillo,
que yo cederé à Cleopatra
el esposo, y aun me anímo
à cederla el trono excelso
que en medio glovo consigo.
Octav. Eso à mi me corresponde,
y á renunciar no me humillo.
No lo sabe una muger
todo. Puede à su destino

con

con su virtud hacer frente,
mas para dar ley al mio,
se necesita un soldado,
un Octavio y un caudillo.
Oy se trata de reinar
sobre todo el mundo invictos,
ò de disfrutar vilmente,
como ya Lepido hizo,
los tristes obscuros dias
sobre el remoto distrito
de Circéo, mendigando
un angulo reducido
de tierra donde esconderse.
Roma, ya no es Roma, amigo.
Al nuevo Sol no se oirá
el soberbio nombre altivo
de libertad que oy aclama.
El orbe pende indecíso
de dos espadas, que son
la de Antonio y la que ciño.
Hemos llegado à un extremo
entrambos, què no hai arbitrio
de retroceder. El paso
à qualquier parte movido
seria fatál; y asi
se debe à todo peligro
donde à caer vá el diluvio,
que ya cruxe reprimido,
reinar uno de los dos,
ò morir todos unidos.
No perdamos tiempo; Agripa,
¿Examinaste advertido,
como te ordené, las fuerzas,
las armas y los designios
de Cleopatra y Marco Antonio?
Agrip. Tienen, segun averiguo,
quinientas naves, tendidas
las blancas alas de lino
dentro del puerto. Entre infantes
y caballos he entendido
que alista ciento y diez mil,
deseosos del peligro
y prontos à la batalla.
Octav. ¿E imagina dar principio
por la tierra, ò en el mar
quiere batirse conmigo?
Agrip. No pude descubrir tanto.
Octav. Pues elija à su alvedrio,
que à todo me hallará pronto,
constante y apercibido.
Ola: conducidme ahora
espada y yelmo. Al proviso
se alcen las tiendas que quiero
hablar en este recinto
à mis soldados. Es justo
que yo antes de conducirlos
al estrago les presente
sus agravios y los mios.

Se abre en dos la tienda de Octavio luego que un Oficial le trae yelmo y espada, y sigue continuo toque de instrumentos militares. Abierta la tienda y recogidos sus lienzos, se dexará ver buen numero de tropas en ordenanza con sus insignias. Delante de ellas estará fixado en medio el Estandarte Imperial de Octavio, que consta de una Aguila en el hasta, con el tafetan dorado y roxo. Dos soldados estarán à él de guardia destacados de los demás. Mas adelante habrá un terrazo de la elevacion de un codo, sobre el que debe subir Octavio para orár à sus tropas.

Esto era costumbre, pero se puede omitir.

Ya se cumplen tres lustros, oh soldados,
que en la tierra, en el mar y en la campaña,
al yelo y al ardor que resistimos
juntos lidiamos, sí; juntos vencimos,
Mas nada se hizo aun: vuestros sudores,
vuestra sangre comprar pudo à la patria
el Universo todo; ya seria
tiempo de que à la sombra deseada
de los mismos laureles que segasteis
con los aceros vuestros descansarais,
y entre los fieles brazos de la dulce
consorte cada qual fecundizára
de nuevos heroes à la excelsa Roma.
Ah! ¿quién lo impide en fin? ¿Quién lo embaraza.
Un Ciudadano vuestro, un Marco Antonio,
que solo porque en él se satisfaga

 el

el orgullo, ambicion, libertinage
y amor, el mundo todo pone en arma,
y ofende de la gran naturaleza
las leyes mas heroicas y sagradas.
Ocho bellas Provincias que él ocupa,
tres Reynos, que tributos le señalan,
todo el Oriente exâusto de tesoros,
para ensalzar à una muger tirana
oy, soldados empeñan vuestros brios,
y à su favor se valen de los mios.
No pretendo agregar à las injurias
del Senado y de Roma las que agravan
privadamente el corazon de Octavio,
y el impio repudio de mi hermana,
insulto tan cruel, que mil estragos,
ni aun todo un mar de sangre derramada
pudiera cancelarle, ni extinguirle.
Antes cede mi gloria à la alabanza
de Roma y mis soldados. Esta sola
dá aliento à mis clarines: esta inflama
de vigor generoso vuestros pechos,
paraque contra Antonio en la campaña
siendo en nosotros general la gloria,
sea lo mismo la lid, que la victoria.
Del honor se trataba en otras guerras;
en la presente aun del vivir se trata,
por lo que se nos ha hecho indispensable
el vencer, ò el morir. En vano os pasma
ver en un girar de ojos esas olas
cubiertas de enemigas velas blancas,
y de mas cerca el monte y las riberas
llenos de hastas, de tiendas y vanderas.
Ese, si lo ignorais, soldados mios,
un Exercito es debil, que desmaya
en la embriaguez y el ócio sepultado,
alumnos de Pomona y Accidalia,
y verdaderamente digno en todo
del grande Capitan que le comanda.
Hai en esos baxeles muchos hombres,
pero pocos soldados de gran fama;
y están acostumbrados esos leños,
à transportar de la una à la otra playa,
no pertrechos de guerra, si tan solo
portatiles teatros, adornadas
scenas, farsas mudas, torpes juegos,
que al placer, à la pompa extraordinaria
de una barbara Reyna se destina,
para infamar la poesia latina.
Ea, soldados, valor: à vuestro sueldo
milita la fortuna jamás varia.
Veo alli estremecerse à nuestra vista
las soberbias entenas que asombraban
el mar; veo tambien que à esos campeones,
les tiemblan en las manos las espadas,
y al mismo Antonio, pálido el semblante,
ceder, titubear, volver la espalda,
desesperar, morir... Yo, Gefe vuestro,
os enseño à triunfar. Tú, Agripa, manda
las terrestres legiones, que las naves
conducirá mi brio à la batalla.
Vamos, soldados mios... No me siga

Desciende.

aquel que fuere vil.. Esta Romana

Arranca la aguila del suelo y la arbola.

insignia regia fixaré el primero
en el mismo Palacio de Cleopatra
para terror de Egipto.... Soy Octavio,
vosotros sois Romanos; nuestra causa
no puede ser mas justa; nuestra gloria
es cierta, y consequente la alabanza;
y en fin, pues no hallo medio en tal sendero,
ò morir, ò triunfar del mundo entero.

Vase. Le siguen los soldados al toque de instrumentos militares.

Antonio y Ventidio.

Vent. ¿Donde vamos, Señor?

Anton. A explorar vengo
el enemigo campo, y si à la espalda
es posible atacarle.

Vent. Luego intentas
arriesgar tu destino en duda tanta,
y el del mundo al contraste rigoroso
de incierto Marte à la primer batalla.
Antonio, como amigo te aconsejo,
y como buen soldado despues te habla
mi experiencia en mi voz. ¿Dónde aprendiste
el arte de la guerra? Tú te jactas
discipulo de Cesar; mas este heroe ja-

jamás te dió el exemplo que oy abrazas.
Dexa, Antonio, estas playas, haz que marche
la tropa à Macedonia: la distancia,
el lugar, el terreno, las fronteras,
un Rey, que amigo tuyo se declara,
poderoso y temido, te convidan
à una victoria cierta. Si tus plantas
quiere seguir Octavio, él por sí mismo
vendrá à caer en la red que le preparas.
Ay Señor, rompe luego el embarazo.
Yo voy, y en nombre tuyo à tus esquadras
la marcha les intimo. ¿Qué imaginas?
Esta, para triunfar, es la mas llana
vereda, es el camino mas seguro.
¿Qué piensas discursivo?
Anton. Antes que parta,
pienso yo en quien se queda. No: una esposa,
una amante, una Reyna Soberana,
Antonio no abandona. El que es Romano,
el que es noble, quien goza de ilustre alma,
quien milita à su sueldo en el Egipto,
debe morir con ella, ò ampararla.
De una sangrienta lid en campo abierto,
bien conozco el peligro y la ventaja.
Iguales fuerzas tiene en tierra Octavio
que nosotros: en mar Antonio se halla
muy superior à él; en sus consejos
no desacierta, aunque es muger, Cleopatra,
si al verme ventajoso me estimúla
à fundar en las naves mi esperanza.
Vent. Me estremezco por ti. ¡Misera Roma!
Vé aquí entre femeniles torpes galas
consejero de guerra à tus campeones,
una debil muger. ¿Quién lo pensára?
Anton. Esta muger exige mas respeto
de ti. Mas que nosotros las contrarias
fuerzas conoce, y si arriesgar pudieron
al dictamen de aquesta augusta Dama
Pompeyo su vivir, Cesar su gloria,
bien puedo yo arriesgar una victoria.
En el mar se le ataque à Octavio: el gusto
mio, del suyo pende.
Vent. Mas no alcanzas
la razon de su gusto. Muger débil,
piensa en la fuga mas que en la batalla,
y en el riesgo mayor, fia en sus velas
poder asegurar la retirada.
Anton. Una Reyna no tiene tan humilde
el corazon.
Vent. Mil veces acobarda
una fragil muger aun à los heroes.
Anton. Los heroes de quien Roma el valor canta,
no valen un Antonio.
Vent. Antonio mismo,
à la igualdad de Aquiles, terror de Asia,
se obstenta oy mas amante que guerrero.
Anton. Ventidio es mi Pretór, no es consejero.
¿Cobarde alma atrevida, es acaso esta
la primer vez que Antonio à quien agravias
entre el yerro y la sangre te conduxo
à triunfar? ¿Quién osó la inclita hazaña
de atacár à dos Consules Romanos,
y una excelsa Ciudad dispuesta al arma,
à vista de tres huestes poderosas
sobre el Campo de Modena? ¿En las aguas
de Sicilia quien puso à Sexto el hijo
del gran Pompeyo en suerte aventurada,
inerme el predominio de los mares
con poder inferior? ¿Quién hizo infausta,
funesta y lamentable à Cassio, y Bruto
de Filipicas la horrida jornada?
Yo fuí aquel; yo soy este, que à despecho
de la voluble suerte, en alabanza
de la Egipcia Matrona, Reyna mia,
para tu confusion, para tu infamia,
à Octavio, à quantos viven en la tierra,
puedo enseñar el arte de la guerra.

Ventidio, me entendiste. Ordena al punto
que una y otra legion se apreste al arma,
que al instante se acerque el mas ligero
de los baxeles mios à la playa.
Sobre él quiero animar al trance horrible
à todos los demas con las palabras
y las obras. Al rigido murmureo *Caja.*
de las ondas que el remo aflige y rasga,
à los tronantes gritos de la chusma,
al eco del metal que el viento inflama,
al horrible tropél de armadas huestes,
(no me engaño) la lid se vé trabada,
y Cleopatra empezó el cruel combate.
Bastante deseosa la miraba
yo de triunfar de Octavio. Anda, Ventidio;
socorre sus esfuerzos sin tardanza,
siguela, y quando intentes corregirme
de una muger aprende à bien servirme.

Vent. Obedezco, Señor. De mi obediencia,
(y bien lo sabe Antonio) acreditadas
señales testifica el pecho mio.
Si à la muerte nos guia, y nos arrastra
un amor ciego, con morir concluyó,
mas no alabaré nunca el amor tuyo. *va.*

Anton. El fin es el que alaba las empresas.
En succesos dudosos siempre alcanza
razon el vencedor. Quien de sus obras
teme que no ha de haber quien las aplauda,
se disgusta à sí mismo, no complace
à los demás, y à nadie satisface.

Sale Cesarion con la espada desnuda.

Cesar. ¿Qué haces, Señor, que tardas? Todo el mundo
se enciende en guerra. Octavio à la batalla
el primero dirige sus baxeles,
mas sus feroces impetus rechaza
la heroica madre mia. Ya las ondas
se enrojecen de viva sangre humana,
y nuestro mar parece lleno de islas
nadantes. Mueve Agripa sus esquadras
terrestres à embestir, y dos legiones
à esta parte vacilan y desmayan.

Anton. Corre, oh hijo de Cesar en su amparo,
que à animar à tu madre es bien que vaya.
Al vislumbre mas leve de este acero,
verás à mi favor volverse grata
quanta tropa oy à Octavio es oportuna,
la tierra, el mar, el Cielo y la fortuna.

Se ven huir algunas naves à toda vela.

¿Mas qué miro?.. ¿Qué naves son aquellas?
¿Donde del duro choque se separan
huyendo à vela y remo con desorden?
Ah cielos! no, mi vista no se engaña.
La real nave es aquella.. Mas bien diga,
toda entera es la flota de Cleopatra.
Ay de mi! ¿Qué sucede? ¿Qué habrá sido?...
En el ardor primero de las armas
huye la Reyna mia, y à la suerte
del valor me abandona? ¡Estrella infausta!
Principe... Soberanos cielos justos,
consejo... El honor mio me reclama
à la lid... [illegible]mor tambien me impele
à que siga [illegible] fuga de mi amada.
Voy... ¿Mas donde? Al comando de mis tropas,
ò à la justa defensa que me arrastra
del fugitivo amado idolo mio?
Soy Capitan... Mas soy amante. Incautas
tropas mias, soldados siempre fieles,
perdonadme... Perdona heroica fama
del renombre de Antonio. A viva fuerza
sigo à quien de mí mismo me arrebata.
Perezca todo el campo à sangre y fuego;
en mis conquistas reine Octavio. Arda
todo el mundo, desprendase la esfera;
yo amo y amaré siempre à Cleopatra,
y aunque todo se pierda en este instante,
sino pierdo à mi bien gano bastante. *va.*

Cesar. ¡Qué ciego amor frenetico! De Antonio

pen-

pende toda la tierra consternada,
y del querer de una muger depende
Antonio. Huya de amor, tema sus llamas,
el que teme abatirse y humillarse.
Triunfo y amor no pueden conformarse.

Domicio sin yelmo ni espada.

Domic. Principe, ¿viste à Antonio?
Cesar. Fué en defensa de mi madre.
Domic. Ah! tu madre temeraria,
nos quiere ver perdidos; quiere vernos
victimas del horror que la avasalla.
¡Ah miserable Roma! ¡Ay infelices
tropas à su temor sacrificadas,
y ay de ti hijo de Cesar! Mal segura
tu libertad en este sitio se halla.
Mal resisten à Agripa nuestras huestes.
Yo he visto à las legiones destrozadas
huir de las victoriosas à esta parte.
Huye, Señor, que aun la ocasion te ampara.
Porque nadie te observe fugitivo,
abandona el bastón, depón la espada,
ese cimero arroja, y sigue pronto
el exemplo, consejo, guia y planta
de Domicio si el riesgo ves tan fixo.
Cesar. Domicio no es de Cesar ilustre hijo.
Joven qual ves, la muerte sufrir quiero,
con la espada en la mano antes que ufanas
las esquadras de Octavio victoriosas,
vean à Cesarion volver la espalda.
Tribuno desertór, alma enemiga,
si todos tus iguales en campaña
hubieran oy vendido al noble precio
de la sangre sus vidas, no triunfarán
las legiones de Octavio, ni cediera
todo el campo de Antonio. A la batalla
vuelve de donde huiste infamemente,
y enseña à los demás como se alcanza
el arte de morir, ò aqueste acero
te le enseñará à ti debil guerrero.

Agripa y Soldados.

Agrip. Rinde la espada; Principe, que ya eres
prisionero.
Domic. Predixe tu desgracia.
Cesar. ¿Dár yo la espada à Agripa? No acostumbro
yo sino por los filos entregarla.
El en mi nombre respetar debia
à su Señor, y en mi la sangre clara
de Cesar. Yo pudiera demostrarte
que quien sabe morir, siempre se aclama
libre; pero cedamos à la suerte,
no à tu orgullo. Un Pretór sobre mi espada
no tiene algun derecho. Venga Octavio,
y à él se la cederé sin repugnancia.
Si él no es mayor que yo, no por aquesto
seré inferior à él. Ceder las armas
puede sin deshonor, segun colige,
à un sobrino de Cesar su mismo hijo. *Vase.*
Domic. Mejor suerte merece su alma ilustre.
Agrip. En esta edad parece demasiada
la arrogancia de un joven despechado,
pero mas que furor exige agrado.

ACTO III.

Gabinete real en el palacio de Cleopatra.
Cleopatra y Antonio.

Anton. Huye, Reyna infelice, un triste obgeto
de su mayor rubor; un resto infausto
de la espada de Octavio, un Rey vencido
y un amante fatal. Soberbio Octavio,
destino impio, iniqua Romana injusta,
vencisteis, si; triunfasteis de mis hados.
¡Ayer Señor del mundo, y oy del mundo
la irrision, el ludibrio y el escarnio!
¿Mas de quien mi ofuscada fantasia
se va à quexar?
Cleop. De mi; la culpa es mia.
Yo, Antonio, soy aquella que las armas
te

te hice caer de las heroicas manos,
y arranqué los laureles de tu frente.
Una lugubre idéa, un horror vago
de ser llevada en triunfo al Campidolio
me intimidó; temblé: no he de negarlo;
se oprimió el corazon, temí la muerte
al vislumbre fatal de aceros tantos.
Soy muger; yo no estoy acostumbrada
al peligro, à la sangre, ni al estrago.
Mas mi fuga no es la ultima ruína
del mundo, ni tu perdida. Han quedado
dispersas tus legiones, no extinguidas.
Aun tienes por frontera en qualquier caso
el Egipto. Una lid, una victoria
no hace invencible à un General. Si Octavio
siempre sobervio su altivez no doma,
Roma, tal vez, pudiera...

Anton. Ya no hai Roma,
pues de Octavio es esclava. Su glorioso
nombre lloré perdido y olvidado
vistiendo à mi esperanza triste luto,
quando à Roma faltó Cesar y Bruto.

Cleop. Tú deliras, Antonio. ¿Asi confundes
un traidor con un heroe?

Anton. Quando aplaudo
à los dos; à una misma virtud rindo,
aunque en distinta accion, un mismo lauro.
Cesar, arbitro en Roma, y absoluto
la tierra sugetó, vengóla Bruto;
y si Bruto la hubiera sugetado,
de Cesar el puñal la habria vengado.
De ambos decide el accidente. Muertos
yacen ahora los dos; pero brotaron
en los senos de Roma con su ruina
de sus propias cenizas mil tiranos.
Una ciudad que sola se presume
en el mundo; un altivo infiel Senado,
impias costumbres, insolente plebe
y nobleza plebeya; vé aqui quanto
su caracter distingue... ¿Y tú pretendes
que Antonio viva en ella confiado?
¿Yo puedo contra Octavio prometerme
efugio y compasion, quando no aguardo
encontrar en su espiritu plebeyo
un gran Cesar, un Sila, ni un Pompeyo?
Mal me aconsejas, Reyna. Para Antonio
no hai esperanza yá, ò à un despechado
furór ha de fiar sus esperanzas.
Por tierra y mar à un tiempo bloqueado,
solo me queda el miserable arbitrio
de recoger con animo gallardo
los tímidos dispersos restos tristes
de mis tropas, y abrirme libre paso
à el Asia con la espada.

Cleop. Yo à ese efecto
el medio mas seguro he meditado.

Anton. ¿Qué medio?

Cleop. Escucha, y mira quanto puede
una Reyna de Egipto en riesgo tanto.
Une el Africa al Asia estrechamente
de cien millas escasas breve espacio,
que separa y divide nuestros mares
del mar Bermejo, escollo opuesto à entrambos.
Por aqueste imagino que transporte
la obediente lealtad de mis vasallos
sobre volubles ruedas nuestras naves,
y por el Eritéo desplegando
las fugitivas velas à los vientos,
irémos juntos donde quiera el hado
guiar nuestro destino. Una corona
pierdo, lo sé; pero à un amante salvo,
libro mi honor, mi libertad amada...

Anton. El amor piensa en todo, y no vé nada.
Digno es de ti el designio, pero al logro
son los tesoros nuestros mui escasos,
y los vecinos Reyes le pudieran
impedir y frustrar. Otros cuidados,
otras ideas pide, otros esfuerzos
à mi propia atencion está clamando
la seguridad tuya, el honor mio,

y mi gloria. Yo he sido destrozado.
Este accidente forma mi delito
y mi rubor. Yo debo cancelarlos
con mi sangre hasta el punto en que la espada
pueda regir y sostener el brazo.
Aun el nombre de Antonio no es extinto.
Suelen durar los riesgos breve espacio.
En un solo momento perder pude
de Capitan valiente todo el lauro,
los Soldados, el Reyno, casi un mundo;
pero en fin, si à Cleopatra he reservado,
esta sola mis pérdidas compensa.
Esta alegria extingue mis amargos
sentimientos crueles. Si à tus plantas
combatiendo por ti la muerte alcanzo,
mas célebres serán en las historias
mis pérdidas por ti, que mis victorias.
Mas ya vuelve Ventidio.

Sale Ventidio.

Cleop. Y bien, ¿qué nuevas
de la suerte de mi hijo has grangeado?
Murió? No me oculteis lo verdadero.

Vent. No murió, gran Señora; es prisionero.

Anton. ¿Quién lo asegura?

Vent. Agripa.

Anton. ¿Pues adonde
le viste?

Vent. Introducido en el Palacio.

Anton. ¿A qué fin?

Vent. Al de hablarte, cuyo efecto
pretende practicar de orden de Octavio.

Cleop, ¿Y sabes lo que Octavio solicita?

Vent. Darte la libertad de tu hijo incauto,
solo conque por tu obra y tu influencia,
Antonio no se escuse à darle audiencia.

Anton. Que venga luego Agripa, y si quisiere,
venga Octavio tambien.

Cleop. No venga Octavio
ni ose llegar Agripa.

Anton. Ah! que tú pierdes
un hijo si se vuelven desairados,
y en el dolor te quedas con que luchas.

Cleop. Ay! que te pierdo à ti si à Octavio escuchas.

Anton. Luego...

Cleop. Escuchale pues. Vé aí terminadas
todas tus desventuras; sufocado
el incendio horroroso de la guerra,
y vengadas las culpas de que me hallo
rea infeliz. Escrito está en los Cielos
mi destino. Ellos mismos decretaron
este dolor. Yo debo abandonarte,
y me propongo hacerlo... Ah! que este paso
me cuesta demasiado... Mas soy Reina...
Veame el mundo absorto y consternado
sacrificar mi afecto à quien su gloria,
su honor, su misma sangre, y sus aplausos
sacrificó por mí. De mis desprecios,
de mi pesar, mis angustias y mi quebranto
no ha de triunfar alguno. Acostumbrada
vive à causar afrenta à los Romanos
la Africana Region. Mi Corte excelsa
enseñara à la barbara Cartago
cómo ha de sacudirse la coyunda,
y cómo debe dár la ley ufano
al vencedor el misero vencido.
Quando todo me falte, à un despechado
no le puede faltar un precipicio
ni un puñal. Arda el puerto, arda el Palacio,
los Templos, la Ciudad, el mundo todo,
la madre triste, el hijo desdichado,
y en castigo de amár, si este es delito,
otro Dido tambien tenga el Egipto.

En accion de irse.

Vent. Agripa entra, Señor.

Anton. Que no entre Agripa,
ni ose llegar à mi presencia Octavio.

Cleop. Entre Agripa; y Octavio tambien venga,
si quiere.

Ventidio introduce à Agripa.

Anton. Si escuchar à Octavio trato,
en tu vida, y mi amor vés riesgo fixo.
Cleop. Si no escuchas à Octavio pierdo un
un hijo.

Sale Agripa.

Agrip. ¿Tanto debe esperar un mensagero
del General de Roma y del Senado?
Anton. Tanto debe esperar; y se debiera
partir, sino queria esperar tanto.
Agrip. ¿Qué dirá un vencedor, si habla
un vencido
de esta suerte?
Ant. Vencieron sus contrarios
à Antonio, pero vive todavia.
Agrip. Viva; no le tememos, ni le odiamos;
mas viva pora gloria de la patria,
viva para su honor. No es mi conato
acordarte tus pérdidas fatales,
ni Octavio à que te insulte me ha enviado.
Escucha mi mensage. Este es un dia
que decide del mundo, y puede acaso
decidir de tu suerte. Finalicen
de una vez las ruinas que lloramos,
y esta fraterna horrida lid, que tanta
sangre pudo costar, cuyos estragos
no hará gloriosos, no, la edad futura,
mas los pondrá en horror tu desventura.
Antonio vuelve en ti. La greña instable
ase de la fortuna. Escucha à Octavio,
que oy à ti la ofrece. El es sobrino
de Cesar, es Romano, es tu cuñado,
y en fin, al Triunvirato compañero.
¿Qué no arrostró por ti, si à tu irritado
furór sacrificó entre tantas vidas
la del gran Cicerón su Maestro sabio?
De ti no quiere sangre. Te pretende
amigo. Solicita ver en salvo
tus derechos tambien, y las razones
de amistad, que despues han estrechado
las de naturaleza. El prisionero
hijo de Cleopatra, oy en tu mano
restituir ofrece al precio solo
de permitirte à verle breve espacio
solo en su pabellon sin que se entienda.
Anton. ¿Quantos traidores hai en esa tienda?
Corazones falsarios, solo, inerme
solicitais que pase à vuestro campo
para que se renueve la memoria
en mí de vuestros heroes engañados.
¿Por que Octavio, si tal deseo tiene
de hablarme como amigo y buen Romano,
no se dexó encontrar en el horrible
trance de la batalla? ¡Quanto, quanto
noté por distinguir entre millares
su cimero y su escudo, pero en vano;
y tambien quantas veces, bien que en valde,
le llamé por su nombre en el mas arduo
tesón de la fortuna? Buen tiempo era,
era el mejor momento y el mas grato
aquél de ser Romano, de ser heroe;
ni Antonio hubiera entonces escusado
con él una entrevista en que pudiese
decidir un instante el trance amargo
de quien pende la tierra consternada,
no con la lengua yá, si con la espada.
Vuelva Octavio à la lid, y en el encuentro
hablaremos los dos sin embarazo.
Agr. Luego ver libre à Cesarion no quieres:
antes te constituyes obstinado
por un vano terror su parricida.
Anton. Cleopatra es su madre: ella decida.
Cleop. Decidiré; mas como debe hacerlo
Madre, Reyna y amante. Venga Octavio,
que solicíto hablar con él yo misma.
Juntos decidiremos convocados
de Antonio su ribal, del hijo mio,
de mi mismo destino. En mi Palacio
no quiero que sus dias aventure.
Fué de temerse aun sobre el solio sacro
una traicion. En frente de mis jardines
se eleva sobre el mar verde peñasco
que sucinta Isla forma, cuya orilla
une

une à la playa estrecho puente el paso.
En ella inerme y sola à Octavio espero.
Octavio venga solo y desarmado,
conocerá quien soy.
Anton. ¿Tú, dueño mio,
has de ir à hablar con él? De ira me abraso.
¿No recelas en él para ti misma,
para Cesarion tu hijo un inhumano,
un transgresor de fé y un homicida?
Agrip. Cesarion es su hijo. Ella decida.
Cleop. ¿Vendrá Octavio?
Agrip. Vendrá. De su fé ilustre
será prenda la mia... Tú entre tanto
sufre su decision pues la pretendes,
y à no temer el futil error vago
de una sospecha vil en tal contienda,
de una muger un Capitan aprenda. *vas.*
Anton. Aprenderé à morir, que otra esperanza
no le queda jamás à un despechado.
¡Al vencedor de Antonio, à su enemigo
pretende hablar Cleopatra? Ah! tu conato
(me lo predice el corazon, injusta
muger cruel) es terminar mis hados.
Tu quieres oprimir entre cadenas
à tus plantas enormes aquel brazo
que sugetó à la tierra en tantas lides,
y no te basta yá que sea Octavio
mi enemigo mortal, cruel è impio,
si aun en amor no le haces ribal mio.
Impío ribal, de todo el mundo
yo te cedo el dominio resignado,
si à Cleopatra me dexas. ¡Ah! tú, injusta,
tú eres quien para unirte à mi contrario
me usurpas à ti misma. Entiendo ahora
porque ha sido tan tímido ese ingrato
corazon en la lid, y tan veloces
en la fuga las velas. A mi vano
enemigo gustosa sacrificas,
traidora esposa infiel, con mi honor claro
con mi sangre un amor que te idolatra,
por merecerte el suyo, tal vez falso.
¡Pero ah inutil sentir! Goza, ò soberbia
de tus nuevas conquistas, y en escasos
lustros, sigue à contar desde ahora un siglo
de trofeos amantes; que admirados
observarán tus terminos plebeyos,
Cesar, Octavio, Antonio y dos Pompeyos.
Ah! mas ¿porque he llegado à verte nunca?
¿Porqué no me aparté de amarte tanto?
Ahora me ruborizo de mi mismo,
que à la confusion dura en que naufrago
no sé sobrevivir... Tristés placeres!
Cleop. Muere, traidor, si corazon tubieres,
Muere amante plebeyo; que bien digno
de la muerte serás, si un ciego incauto
error te precipita, arrastra y mueve
à ultrajar atrevido y temerario
à una Reyna, una esposa y una amante.
Tú no me vés el corazon. Tus raros
discursos, tus sospechas, hijas viles
de un zeloso furór desesperado,
satisfaccion mas clara no merecen.
Vive para castigo en ese engaño.
Hablaré à tu ribal. Si, prenda mia,
solicito ver al que ha triunfado
de nosotros. Lo espero; ya lo sabes;
y segun tus zelosos sobresaltos,
si tu enemigo llega à hablar conmigo,
cree que he de triunfar de tu enemigo. *Vase.*
Anton. ¿Y asi me dexa? Cielos! ¿Quien vió suerte
mas fatal que la mia? No, el Tirano
no triunfe de mis pérdidas, y mientras
piensa él en usurparme el dueño que amo,
piense ahora Antonio en usurparle el cetro.
La fortuna es leal al que es osado.
Tiernos afectos de lealtad, ocultos
sentimientos de amor, tristes presagios,
callad en lo mas intimo de mi alma;
que oy esperan en justo desagravio

mi honor, la patria, el mundo, Cielo
y tierra,
venganza, ódio, rencor, estrago y
guerra. *Vase.*

Playa: en medio del mar una pequeña Isla, que por un puente se une à la tierra; sobre la Isla una tienda Real en la que han de sentarse dos personas.

Salen Octavio y Agripa.

Agrip. Ya pisas la humeda orilla
del mar. La Isla se vé allí
donde te llama Cleopatra,
y este sendero sutil
derecho te guia al puente.
Segun llego à percibir,
se vé desembarazado
ese sucinto confin
de insidias, y aun incapaz
de poderlas encubrir.
Mas no obstante, yo, si gustas
no me apartaré de ti,
y à una voz mia tus naves
prontas las verás venir.

Octav. No, que la fortuna mia
oy velará sobre mí.
Quien desconfia de todos,
se ofende à sí mismo sin
desanimar los traidores.
En tanto que à discurrir
llego con Cleopatra, tú
conduce contigo aquí
à Cesarion en prisiones;
donde si llega à admitir
mis justas demandas, pueda
yo entregarsele por mí
à su misma madre. Quiero
al resto del mundo unir
tambien el Egipto; y que esta
regia muger varonil
de quien otra igual no alaba
el universal clarin,
sea ornato de mis nuevas
conquistas; y al verla ir
al carro triunfal ligada
entre prisiones de ofir,
Italia y Roma se llenen
de admirado frenesí.
Grande es la empresa, mas yo
no la quiero conseguir
à viva fuerza de sangre.
Tiempo es de que tengan fin
los rencores. Un tirano,
solo reina para vil
rubor suyo; y al fin, reina
sobre un escaso infeliz
angulo de tierra yermo,
quien con ambicion servil
empobrece de habitantes
del mundo el vasto confin. *Vase.*

Agrip. Protexa el Cielo tus votos,
que no hai digno de regir
el Universo hombre alguno,
ò el mas digno se vé en ti.
De ti logrará la tierra
pacifica union gentil,
y si debe por Octavio
faltar, ò desminuir
la latina libertad,
será heroica hasta en su fin. *Vase.*

Pasa Cleopatra sobre el puente à la Isla, y luego Octavio.

Cleop. Guardias, partid. En este sitio
quiero
quedar sola. Que pase Octavio libre,
pero estorvad que alguno de los suyos
ose llegar mientras conmigo asiste.
Vé aqui: ya estas Cleopatra en el contraste
donde de tus lisonjas, tus ardides,
y aun tu violencia has de probar la
suerte,
para salvar à un tiempo altiva y firme
el esposo, y el Reyno dando leyes
al cruel vencedor que nos oprime.
Esos leños que ha unido el artificio
en otro tiempo aunque à distintos fines,
trabazon de resortes y visagras,
à sus ojos breve Isla se acrediten,
porque en su misma confianza vano,
sirvan de red à un vencedor tirano.
El viene ya: vea quien soy.

Sale Octavio.

Octav. Yo llego
à administrar à tus plantas quanto existe
de hermoso en todo el mundo, reunido
en una muger sola.
Cleop. Tú veniste
(mas bien puedes decir) à demostrarme
quanto de excelso el mismo Cielo ciñe.
Octav. A ti no puede hacerte menos bella
la fortuna, y à mi puede abatirme.
Cleop. Naciste en Roma, el adular te
agrada.
Octav. Mas estamos en Asia y no os enfada.
Cleop. Sentaos.
Octav. Hablad. *Se sientan.*
Cleop. Señor, desde que à verte
pudo mi diligencia conducirme,
no me admiro de ver que bese el mundo
su cadena ambicioso de servirte.
Puede Antonio vivir vanaglorioso
de tal competidor. Pudo oprimirle
tu valor inmortal, pero le ensalza
mucho mas tu virtud. El vér que lidie
contigo es suficiente à hacerle excelso
sobre la tierra; y no sabré decirte
si oy rinde al mismo Antonio mayor
gloria
su derrota, que à ti tu gran victoria.
Sea uno, ù otro en fin, vuestro destino
à los dos hizo heroicos y felices;
à ambos os haga amigos el del mundo,
y no se diga que à su mal nacisteis.
Octav. ¿Y quien sostiene entre los dos
las iras,
la discordia, el rencor irresistible,
el odio, la venganza, injuria y dolo?
Cleop. Tan solo la ambicion.
Octav. El amor solo-
Yo hablo sinceramente, oh Reyna! Antonio
es vencido, y la suerte lo permite,
pero siempre es Antonio. Aun su desgracia
debo yo respetar, quando mas triste
no sea para mi, que para él mismo.
Octavia hermana mia, aunque infelice,
es su esposa, es Romana. De este sacro
inviolable nudo que él resiste,
es mi fé la fianza, lo es la sangre,
lo es el Cielo, la ley; lo es quanto vive
de sagrado en la tierra, y no es bastante
un frenetico amor à desunirle.
Tu eres Reina, mas tú no eres Romana.
Si el gran Cesar mi tio se permite
vanaglorioso un tiempo à tu Himeneo,
no ofendia à ninguno, y no se mide
igual ley en Antonio. Antonio ofende
à mi hermana, y à mi en sus tratos viles;
él debe sonrojarse de ti misma,
yo pedir la venganza mas terrible
de él y de ti... Si la verdad no ofende
à quien...
Cleop. Que en Asia estamos justo es mires,
y en Asia la verdad disgusta oirla.
Octav. Yo naci en Roma, y debes tu sufrirla.
Cleop. Nada debo sufrir donde se trata
Se levantan.
de dár al corazon leyes serviles
como muger; y como Reyna, todo
en cotejo de Octavia me es posible.
¿Quien es tu hermana? Di: ¿quando
en su frente,
de una corona el sacro explendor viste?
¿Quando ha visto rendidos à su trono
diez Monarcas, un Cesar invencible,
un Pompeyo... y tal vez, antes que
duerma
el Sol entre los brazos de Anfitrite,
à sus plantas à Octavio aunque arrogante?
Octav. Vengo al Asia à lidiar, no à ser
amante.
Cleop. ¿Y quien busca tu amor? Respeto
pido,
y este respeto tu deber le exige.
Muger qual soy, sola, è inerme à vista
de un Romano, de un heroe tan temible,
haré si con la planta yero del suelo
que

que en tu mismo terror te escandalices.
Octav. Bastante abusa una muger soberbia
de mi paciencia extremamente humilde
quando me insulta, y mi razon no infiere.
¿Qué harás en fin?
Cleop. ¿Qué haré? Miralo y muere.

Tere fuertemente el suelo con el pié, desaparece la Isla y se encuentran los dos sobre una galera, que bogando al son de los instrumentos se adelanta al auditorio, y en parando sigue la representacion.

Octav. Numenes, soy perdido. *Musica*.
Cleop. Alma soberbia,
rindete à Cleopatra. Ya reside
en mi mano tu vida. El gran destino
del mundo, y de mi dueño la terrible
venganza, penden ya del irritado
rencor de una muger que antes persigues.
Solo un precepto mio puede hacerte
verter la vida en liquidos carmines;
puedo hacer que el terror de los guerreros
en las ondas la muerte halle mas triste
con la tumba, ò acaso transportarle
por las ondas tambien à los confines
del inmenso Occeano. Mas no quiero
obscurecer mi gloria: injusto vive,
y triunfa à tu rubor. Vive, mas jura
quanto mi voz te manda, no te pide.
Dexa el Oriente en paz. Dexame el Reyno.
Vuelveme un hijo que inocente oprimes.
Ceda Octavia el esposo à pesar suyo,
ò haré...
Octav. Yo lo prometo. Todo es tuyo,
è impetrarlo podias sin furores
de un vencedor, que en fin, no es inflexible;
solo con la lisonja del semblante.
Cleop. Guerrero al Asia vienes, y no amante.
Octav. ¿Y quien pretende amor? La gloria busco
de hacer que à Roma unida te eternices
à la futura edad. ¿La paz deseas?
Yo aun mas que tu la anhelo. ¿A tu hijo pides?
Vesle alli que à la playa se avecina
conducido por mi orden donde admires
quanto es interés mio complacerte.
A tierra porque el logro se anticipe
de encontrar à tu hijo. A tierra, oh Reyna,
à deshacer los lazos que le ciñen.
Solen Agripa y Cesarion.
Logre la paz todo el Oriente unido,
que Octavio vencedor yace vencido.
Tocan.

La galera bogando como antes al toque de los instrumentos, se acerca à la playa, y hecha un puente à tierra por el qual descienden los dos: todo lo qual executado la galera se vá poco à poco à su primer puesto.

Cleop. Hijo.
Cesar. Madre.
Agrip. Señor.
Octav. Tu espada luego.
La saca Agripa.
Cleop. Cesarion, aun lo dudo. ¿Y es posible
que en mis brazos te estrecho todavia?
Octav. Esa espada. En tus brazos muera, impia.

Quita la espada à Agripa de la mano, y se abanza para herir à Cesarion.

Cleop. ¿Qué intentas? Ay de mi! ¿Qué haces injusto?
¿Asi guardas la fé que me ofreciste?
¿Traidor, cabe en ti un yerro tan estraño?
Octav. Sobre el engañador caiga el engaño.
Aprende, muger barbara; ya ahora
no estamos en los mares. Ya no existe
mi vida prenda tuya en fragil leño.
Aun no era entre las ondas imposible
al destino de Roma el defenderme;
ò

à nado mi valor que nada omite
lo pudo hacer, y al centro desde lo alto
de Cesar emulár el grande salto.
Ya estamos en la playa. Solo Agripa
al lado mio en mi defensa asiste,
mas con Agripa solo, al mundo entero
osaría hacer frente. Impón, decide,
amenaza soberbia muger vana,
dictale à un vencedor leyes serviles,
segun tu gusto ahora. Quien no sabe
guardar lealtad, no debe resentirse
de que no se la guarden. Los derechos
del honor y la guerra indistinguibles,
no ofende mi venganza. Cruel madre,
ese es tu hijo, y sin que tú lo evites
puedo romper su pecho ante tus ojos:
puedo à ti prisionera conducirte.
Falta el mejor trofeo al Campidolio
mientras dilato el dia de que admire
ligada al triunfal carro que me ofrecen
su poder, y mi dicha siempre firmes
à una Reyna de Egipto por las calles
de Roma, que à este objeto se aperciben
de un mundo expectador densas y llenas,
morder y arrastrar triste sus cadenas.
Ya se aparta este instante, y de tu exceso
quiere oy Octavio hacer mas grave el peso,
con mostrarte quien es. Ve... no me digno
de imitar los engaños siempre viles
de una muger. En libertad te dexo,
te perdono, te entrego à tu hijo libre,
y à Antonio restituyo sus perdídas
prisioneras legiones. Que se irrite
nuevamente à la lid. Tú con tus leños
vuelve al mar donde ostentes tus ardides.
Volvamos al estrago y à la sangre.
El ya aprendió de Egipto el infelice
arte de huir. Aprenda pues de Roma
el arte de triunfar, porque examine
para su confusion como al vencido
perdona el vencedor aunque ofendido.
¡Ultrage de la tierra! Oprobio eterno
del regio nombre, de la augusta estirpe!
Mancha el talamo ageno una Heroina
Real; una amante sin que riesgos mire,
del cabello arrebata los laureles
à un Capitan de Roma, y aun insiste
una muger en dár à Octavio leyes.
Los dioses no lo sufren ni permiten.
De tus engaños me libró el engaño,
paraque astucias contra astucias lidien.
Pero siempre Romano, siempre heroico
aun en verguenzas que mi enojo exigen,
solo en pena te dexo el rubor tuyo,
y sabe, aunque tu orgullo te acredite,
que esta clemencia que oy usó en tu abono,
te ensalza mas que no te ilustra el trono. *Vase.*

Agrip. Vamos, Señora, pues. En mi son leyes
los menores acentos que repite
mi excelso General; y asi yo mismo
à tu Palacio debo conducirte.

Cleop. Conduceme à la muerte, ò de la tierra
à los remotos barbaros confines,
à un antro, à un bosque, à un caos, à un abismo,
al centro del olvido mas terrible,
donde mi rubor cubra eterno velo
à las fieras, los hombres, tierra y Cielo.

ACTO IV.

Gabinete en el Palacio de Cleopatra, con bufete y sillas. Figurese ser de noche.

Antonio y Ventidio.

Anton. No, de esa infiel, Ventidio, de esa ingrata
no me hables mas, ò teme los afectos
de mi justo furór. Dexame solo
entregado à mis tristes pensamientos,
aliados de aquesta sombra obscura.

Dexa

Dexa que piense en sazonar mi ingenio
la memorable empresa, que bien digna
de Antonio, sola puede en tanto riesgo
mi afrenta sepultar, si el morir media,
con ilustrar el fin de mi tragedia.

Vent. ¿Mas no sabes, Señor...

Anton. Sé quanto he dicho;
quanto de ti he fiado. Si, te quiero
amigo todavia, bien que sea
para pocos instantes, segun creo.
Aquellas tres legiones à mi fieles
estén prontas al arma. El voráz fuego
esté pronto à incendiar quantos baxeles
sobraron en el mar: el dón que apresto
à Cesarion tambien lo esté; y él mismo
à mi presencia llegue, que yo debo
presentarsele. Amigo, hemos llegado
à transcender los ultimos momentos,
y es preciso tambien hacer memoria
de que somos Romanos. Vealo el mesmo
Octavio, y dile que à encontrarme venga,
ò en su campo me espere.... Sudo.... Tiemblo...
no me entiendo à mi mismo. Tengo en mi alma
las furias mas crueles... Ah!... No puedo
todo en los ojos mi furór mostrarte...
Vete... aguarda... obedece... escucha... parte...

Vent. Obedezco, Señor; pero la Reyna
te está esperando ansiosa en su aposento
donde pretende hablarte.

Anton. ¿Y tú, tirano,
sigues à hablarme de esa injusta? Entiendo
lo que quiere decirme. Solicita
exaltar beneficios lisongeros
de Octavio: alabar quiere en mi presencia
à mi ribal, y disculpar su afecto.
No; no la he de escuchar: con él ha hablado;
à su gran corazon se rindió luego;
le ama, todo lo sé; le ame en buena hora,
que yo no quiero amarle, ni pretendo
su paz, ni su amistad; le odio, le abjuro,
con él à quantos le aman aborrezco,
y (ya sea adversion, ya parasismo)
porque un tiempo le amé, me odio à mí mismo.

Vent. Ese, Antonio es furór. Digno sería
de tu odio yo tambien, si el furór ciego
que amenazas tal vez mentir me hiciese,
mas porque soy tu amigo soy sincero.
Si oy à la vida tuya el pecho mio
puede servir de escudo, vé aqui el pecho
desarmado al rigor de qualquier filo.
Muera Ventidio, y reine Antonio... Pero...
yá lo conoces. Demasiada sangre
cuestas à Ciudadanos y guerreros:
demasiados asombros à Cleopatra,
confusiones, terror, asombro y miedo;
y al fin, en ella exige la prudencia,
que desarme tus iras, y que luego
te une en paz à un ribal vencedor tuyo.

Anton. Esa prudencia, hija, es del amor suyo.
¡Mal pensada prudencia! Amor tirano,
que deslumbrar mi vista están creyendo,
y oy serán mi postrero precipicio,
mi ultima ruina, en fin. Mas pues te has hecho
defensor de una ingrata, y à igual suyo
tambien de ingrato calumniarte puedo;
dile que admiro mucho su prudencia,
que dexaré sus votos satisfechos
si debiera vertér toda mi sangre
por conseguirlo. En el letál silencio
de esta noche oiré à Octavio. Los dos solos
de nuestro hado tal vez decidiremos.
Veré que pactos sean los que ofrece
à Antonio de amistades, ò convenios.
Mas no espere de mi vileza alguna,
mi llegue à prometerse altivo, ù necio
que

que le sufra ribál. Con él divido
el Imperio del mundo... Aun mas: le cedo
todo quanto hai de un polo al otro polo,
pero en quanto al amor quiero ser solo. *Vase.*

Vent. Solo es en el amor; mas tambien fuese
solo él à perecer. Este amor ciego
à todos nos conduce al precipicio,
y de una muger sola el Universo
es oy infausta victima. Ella viene.

Sale Cleop. Antonio ¿donde está? ¿Qué yo le espero
le dixiste?

Vent. Si, dixe; pero en valde.
Agitado de obscuros pensamientos,
de zelosas sospechas conmovido,
qual si todas las furias en su pecho
tubiese, mi consejo inutiliza,
no te quiere escuchar, ni su ardimiento
dá esperanzas de paces con Octavio.

Cleop. Ah! este triste presagio evite el Cielo.
Nuestra ruina sería una batalla.
¿Y qué podrán en el temible encuentro
contra tantas legiones victoriosas,
pocas esquadras llenas de mil miedos?
Valga el consejo, pues, donde la fuerza
es inutil. ¡Destino siempre adverso!
¿Cruel barbaro Antonio, yo infelice,
por salvarte, que mas emprender puedo?
Y en mi fidelidad aun pones duda?
Le amo aun mas que à mí misma. Dioses rectos,
vosotros lo sabeis; pero le amo
de suerte que su honor, su vida aprecio
mas que su corazon, y voluntaria
sacrifico un esposo, porque llego
à creer reservar asi à la tierra
un gran Monarca, un numen à los cielos,
y un heroe à las historias. Mira, escucha,
Ventidio. De un amor tan dulce y tierno,
de un amor tan leal, todo el arcano
existe comprehendido en este pliego,
y tú has de ser quien debe conducirle.

Vent. ¿A quien?

Cleop. A Octavio.

Vent. ¿A Octavio? ¡Ay mayor riesgo!
Señora, ¿tú no ves que un pliego tuyo,
aunque sea el que fuere, en el concepto
de Antonio puede hacerme sospechoso,
acreditar imaginarios zelos
y encender contra Octavio, contra él mismo,
contra ti, ebrio de amor, mas cruel fuego,
que de todo es capáz un despechado?
Medita mas, Señora.

Cleop. He meditado.
No me irrites; sé fiel. A Octavio entrega
el papel que te doy. Aqueste pliego
à Antonio ha de curar de sus sospechas
quando lo llegue à ver, mas podrá verlo
solo quando no pueda ya temerle.
Yo fui de sus desdichas el fomento;
terminen, pues, conmigo sus desdichas.
Conserve vuestra sangre, no indiscreto
arriesgue entre las armas su destino;
y à mi me dexe todo el pensamiento.
Solo encomiendo à él, y à ti te encargo,
(si tanto con vosotros puede el ruego
de una madre, una esposa, el hijo mio,
que de Cesar tambien es hijo excelso.
En él encuentre Cesarion un padre,
y en ti un amigo. Nada mas pretendo.

Vent. No escusaré por él riesgo ù fatiga.
¿Qué he de hacer?

Cleop. Este acero te lo diga. *Saca un puñ.*
Tomale, pues, Ventidio, y en mi nombre
à Antonio se le dá. No quiera el cielo;
pero si acaso quiere que à un sobrino
de Cesar se humille oy con vituperio
un hijo suyo; el uno de vosotros
con aqueste puñal rompa su pecho.

En mi no hai corazon que el golpe anime.
Mas si uno de vosotros el violento
brazo me facilita à la propuesta
piadosa accion... Yo pienso en quanto resta. *Vase.*

Queda atonito con el puñal y el papel en las manos.

Vent. ¿Qué haré, sagrados Numenes?
¡Qué horrible
tragica scena forja el pensamiento
de una madre cruel, de una infelice
amante desdichada!

Sale Ant. ¿Aqui te encuentro,
Ventidio, todavia, y no partiste
à cumplir prontamente mis preceptos?
¿Qué pliego, que puñal es ese?

Vent. Entrambos
los recibí...

Anton. ¿De quien? Dimelo presto.
¿De quien los recibiste?

Vent. De la Reyna.

Anton. A qué fin?

Vent. Para Octavio envia el pliego
y para ti el puñal.

Anton. ¿De Cleopatra
un pliego à mi ribal? ¿A mi un acero,
y tú los recibiste? ¿Y tú le llevas,
traidor?

Vent. Yo tus injurias no merezco.
Complacete de oirme, y verás si halla...

Anton. Harto entendi. Ve à obedecerme
y calla.

Vent. Los dioses te iluminen, *Vase.*

Ant. ¿De la Reyna
à mi un puñal? ¿A mi enemigo fiero
un papel?... Santos numenes, deliro,
sueño, ù de mi destino acaso entiendo
todo el rigor? Esta muger ingrata
se rindió en fin al trato lisongero
del vencedor Octavio. Mi sentencia
firmó aqui, mas la infiel con este yerro
me enseñó la vereda mas segura
de evitar mis afanes, mis desprecios,
y en mi fiel corazon que al riesgo incito,
cancelar el horror de su delito.
Leamos, pues... Ah! no: la impia no logre
la alabanza que vive pretendiendo
de insultar à un Antonio... Y no me enseñen
à morir femeniles sentimientos.
Muere, muere, infeliz, para tu gloria,
mas no para venganza en logro ageno.
Muere como Heroe... pero no, no goce
Octavio de tu amor los tristes restos
en suave paz... No muera sin vengarse
el Domador de Oriente siempre excelso:
mas si desciende al tenebroso abismo,
descieude al fin de agena sangre lleno,
y antes de penetrar su caos profundo,
dexe en su misma ruina envuelto al mundo.
Leamos... ¡Ay de mi!... Las manos tiemblan
à la obra... El corazon dentro del pecho
se agita... Por mis venas se difunde
un panico terror... Un mortal yelo.

Se sosiega un poco.

Leamos. „ Tu eres grande, eres heroico,
„ pero tambien en el Egipcio suelo
„ la virtud se practica. No, Cleopatra,
„ no cede à Octavio. Tu benigno genio
„ me restituye un hijo. Yo un hermano
„ te restituyo. Antonio vuelva luego
„ à los tiernos abrázos de tu hermana,
„ que ya no la compito sus deseos.
„ Viva con él felice; con él triunfa
„ siempre en páz. Mis tesoros y mi Reyno
„ divididlos entre ambos igualmente,
„ y no me quede mas por bien postrero,
„ que la piramidal tumba soberbia,
„ donde yacen mis inclitos abuelos.
„ Quando à quien te conduce los avisos
„ que en este escrito ves, hables de nuevo,

„ si

,, si con el susto à proferirlo acierta,
,, te avisará de que Cleopatra es muerta."
Cómo? ¿Qué leo? Ay Dios! ¿El dueño mio
me ama tanto que cede el trono regio,
el talamo apacible, odia la vida,
no teme de la muerte el duro aspecto
solo por ensalzarme? Ah! no; no muera
si ha de vivir Antonio, y todo el precio
de mi sangre se arriesgue por librarla,
cedasele oy à Octavio el mundo entero,
triunfe de mi pasion su hermana esquiva,
pero Cleopatra hermosa, reine y viva.
Ola.

Sale Domic. ¿Qué me ordenais?

Anton. Corre, Domicio.
Di à la Reyna en mi nombre, que deseo
hablarla un breve instante. Tu custodia
su persona. Te intimo y te prevengo
que estorbes los peligros de su vida,
ò en la tuya verás el mayor riesgo.
Vé... espera... ¿Dime, dónde la dexaste?

Domic. Ahora recibe à Octavio en su aposento.

Anton. ¿En su aposento à Octavio? ¡Qué tumulto
en el pecho!.. Ay de mi!.. Qué frio yelo
en el corazon,.. Dioses!.. Vé, Domicio,
executa mis ordenes, y luego
sepa Octavio tambien que aqui le aguardo.

Domic. Obedezco, Señor, que asi pretendo
nuevamente mi zelo demostrarte.
Cesarion viene aqui.

Anton. Llegue él: tú, parte. *Vase Dom.*
Zelosos pensamientos, infelices,
de la naturaleza y de amor tiernos
afectos, dad lugar por breve espacio
à mi gloria, mi lauro y mis deseos.
Calle, en fin, el amante, y hable el heroe.
Guardias, conducid ahora quanto dexo
prevenido à Ventidio.

Sale Cesar. ¿Qué me ordenas?

Anton. Sientate y la sabrás. A espacio, penas.

Ponen enmedio el bufetillo y dos sillas: sobre el qual pondrán en una vandexa una vesta ò tunica larga toda teñida en sangre, cubierta con un tafetán.

Principe, yo te amo, y para amarte
basta saber de quien tu nacimiento
procede. A tu gran padre siempre ha sido
leal Antonio, si; y el universo
mismo de tu lealtad es la fianza.
Hijo de Cesar, en tu rostro veo
tan vivamente impresa su alta imagen,
que aun mis ojos se engañan al cotejo:
no sé si vive asi en tu pecho mismo
su grande corazon, pero es mui cierto
que en ti no sobrevive su memoria,
ni eres el subcesor de sus derechos,
y su fortuna yá. Quanto à ti solo
te se debiera, usurpa impulso ageno.
De una injusta adopcion abusa Octavio,
y vive altivamente satisfecho
del favor del Senado, de la plebe,
de las mismas legiones que aprendieron
à triunfar baxo el orden de tu padre,
y aun (por mejor decir) del orbe entero
conquistado por él. Me ruborizo
por ti de tus agravios. Compadezco
al muerto Dictador, que à Roma acusa,
acusa à Antonio, acusa al mismo cielo
de tan grande impiedad.

Cesar. Mas no me acuse
à mi, que siempre à Octavio aborreciendo
siempre lloré de Cesar el agravio.

Anton. Pero Cesar murió, y aun vive Octavio.
Para tu rubor vive, y oh no sea
la causa de tu muerte! El dulce aspecto
suyo, no es mas que un verdadero engaño.

Ah!

Ah! teme en él un tósigo alhagueño,
que apenas amenaza y ya debora
el corazon. Siempre fatál y adverso
será un hijo de Cesar à su fausto,
à su ambicion, que no conoce el recto
dominio de las leyes, y atrevida
rompe, huella y ultraja nobles fueros
de la naturaleza y de la sangre.
Antonio lo asegura, y antes de esto
Lepido lo ha sabido. ¿Quien ha osado
romper los inviolables privilegios
del Triunvirato ilustre sino Octavio?
¿Quien al hijo infelice de Pompeyo
quebró la fé? ¿Quien me reduxo à expensas
de un destino fatal, roto y deshecho
à buscar un asilo en el Egipto?
Causa es de todo ese ribal soberbio.
¿Y no temes en él, en él no teme
tu madre un desleal sobrino opuesto
à tu glorioso tio?

Cesar. Detestamos
su memoria en él, su nombre acerbo,
y el de Cesar venera la fé mia.

Anton. Cesar murió y él vive todavia.
Mas viva, pues lo sufren las estrellas,
y lo sufris vosotros. Yo, en fin, puedo
llorar vuestro destino, no impedirle,
ni el mio puede retardarse al vuestro,
mas se puede vengar. Principe, te hablo
quizá la ultima vez, y no comprendo
preciso el acordarte quien yo sea,
mas acuerdale tú en tu pensamiento
à tu imaginacion, Cesar... Octavio...

Cesar. ¡Inutil reflexion! Cesar es muerto,
y aun vive Octavio en su intencion primera.

Anton. Viva Cesar en ti y Octavio muera. *Se levantan.*
Principe, si; valor se necesita.
¿Y hasta quando querrás ser niño tierno?
¿La sangre que circula por tus venas
nada te dice aun, ni en mudos ecos,
te aconseja à reinar ò à morir? Cesar,
ò nada queria ser tu padre excelso,
¿y no sabrán sus hijos por vengarle,
morir, triunfar del mundo, è imitarle?

Cesar. Si sabré: no me causa horror la muerte,
pero si la impiedad. Si à Octavio ofendo,
calumniarán de ingrata mi conducta;
él me dió libertad, la vida, el Reyno,
el trono y quanto valgo en esta parte.

Anton. Poco te dió: mas que él puedo yo darte.

Cesar. Mas, ¿qué puedes tú darme que equivalga
la vida y libertad que de él obtengo?
¿Qué dadiva será?

Anton. Mirala y tiembla.

Descubre dicha tunica y la desdobla.

Cesar. Ay de mi! Santos numenes, ¿qué veo?

Anton. La ensangrentada vesta de tu padre
es la que ves. Ves los despojos yertos,
de un Dictador vilmente asesinado,
de su sangre vertida un triste resto,
y un horrendo testigo irrecusable
del Romano furór. Mi sentimiento
la reservó hasta aqui entre sus memorias
mas preciosas è ilustres; pero cuerdo
para ti he procurado reservarla.
Entre la obscura sombra, el caos denso
de aquesta, para mi terrible noche,
grandes ideas forja mi despecho.
La empresa que medito puede hacerme
inmortal; pero puede al mismo tiempo
decidir de mis dias. Si está escrito
en ese azul pepel mi fin sangriento,
conserva tú en aqueste siempre horrible
fatal despojo un memorable exemplo
que te enseñe à temblar. Un dón conserva
que puede hacerte un heroe el mas supremo.
Mirale bien... No te sonrojes... mira
y escucha en pocas voces mucha ira.
Si el corazon y el brazo te faltasen
para vengar la sangre que te muestro,
si tu puedes sufrir que reine Octavio,

si puedes tolerar que tus derechos
te usurpe, y si su vida no te enoja;
vesla aqui, yo la arrojo en el vil suelo,
ultrajala con esa planta débil,
rasgala en mil pedazos, dala al viento,
para que al consumar penas mas graves,
sea inutil despojo de las aves,
pues si prueba mejor en ti no veo,
no, que hijo del gran Cesar no te creo.
Hace que se vá.

Levanta Cesarion la tunica y luego sale Domicio.

Domic. Llega Octavio, Señor.
Anton. Llegue, *Vase Domicio.*
Cesar. En mi alma
y en mi corazon noble tal incendio
introduce su augusto heroico brio,
que de todo es capáz el valor mio. *vas.*
Ant. Vé aqui el feroz contraste. Despertaos
dentro de mi alma, espiritus horrendos
de venganza y furór.
Sale Octav. Ya es tiempo, Antonio,
de que yo vuelva à verte. El hado nuestro
que à mi me quiere grande, à ti abatido,
no me hace diferente de mi mesmo.
Entre el furór, las armas y el estrago;
de amigo, de cuñado y compañero
los dulces nombres me recuerdo siempre,
y sabes...
Anton. Sé que ahora no nos vemos
en el foro de Roma. Dexa, Octavio,
à sus tribunos todo el fausto inmenso
de una falsa eloquencia aduladora,
que nada puede en mi. Nos conocemos
de gran tiempo à esta parte, y mui en vano
intentas con tus suaves argumentos
ese corazon tuyo disfrazarme.
Si quieres que te escuche, habla sincero.
¿Quieres la paz conmigo? La justicia
pese en igual balanza tus derechos
y los mios. Que entre ambos se divida
el mundo todo, y la razon decida.
Sientate... España, Italia... *Se sientan.*
Octav. Italia, España
fueron conquistas mias, y à otro dueño
jamás le cede Octavio sus conquistas.
Gozas en el Oriente con exceso
mucho mas de lo justo y no lo ignoras.
Entregale al Senado tu primero
la Grecia y el Epiro.
Anton. Epiro y Grecia
son mis conquistas, y dominio ageno.
Antonio en sus conquistas no consiente.
De nosotros obtuvo en Occidente
Lepido la Sicilia, y à su ruego...
Octav. De la Sicilia tratarèmos luego.
Otro cuidado exige nuestra gloria
de tu misma atencion y de mi anhelo.
Esta no puede permitir que ceda
el talamo suave de himeneo
à una vil estrangera entre nosotros
una hermana de Octavio; y yo te acuerdo,
que es mi sangre, que es bella, que es Romana,
y qué...
Anton. Luego hablaremos de tu hermana.
Octav. ¿Mas de qué se ha de hablar?
Anton. Habla de todo
quanto parezca justo, y oiré atento,
pero no me imagines débil joven,
ni me pretendas vil.
Octav. Heroe te quiero,
mas no indigno de mi. Porque tu dicha
solicito con ansia, te pretendo
subdito à Roma, su hijo y Ciudadano.
Ant. ¿Subdito à Roma yo? ¿Tú, Soberano?
¿Con quien juzgas hablar? Aqui no miras
à Lepido à la frente. Estás mui ciego.
Soy vencido, mas siempre soy Antonio.
No es este de Azzio, no, el nabal encuentro,
las Filipicas, Munda, ni Farsalia,
que acuerdan tu rubor, tu oprobio eterno.

Vivo

Vivo yo todavia. ¿Y tú quien eres,
que presumes tener mejor derecho
à que un Senado injusto te realce
sobre mi y mi razon? Ah! me avergüenzo
de ti y de Roma! Era maestro Antonio
del arte de la guerra, y hacía lecho
del escudo, la greva y la celada
en las trincheras y en el campo abierto,
quando de Roma augusta en los teatros
en las soberbias mesas y festejos,
ese Octavio, que opuesto à mi pregonas,
seducia doncellas y matronas.
Espiritu soberbio, en mi presencia
ven à alabar tus faustos lisongeros.
Pondera tus virtudes à mi vista,
si tienes corazon que baste à hacerlo,
à frente de tu hermana, repudiada
por mi; venga Scribonia, de tu afecto
siendo ya tu muger desposeída.
Vengan Placida y Flora en su cotejo.
Venga la misma Libia, por tu mano
robada con violencia à estraño lecho,
aunque fecundizada de otra prole;
para que ilustre, y fertilice à un tiempo,
mientras tu error su agrado se concilia,
de ilegitimos heroes tu familia.
Estas las glorias son porque presumes
dar leyes à la tierra, mirar puesto
à tus plantas à Antonio, y aun en vida,
competir con los dioses. De horror tiemblo,
se oprime el corazon, y me confundo
entre mí, quando à Octavio considero
con la horrible sacrilega alianza
de doce sus iguales en el regio
banquete que sus vicios proporcionan,
representar de Jove el ornamento,
desafiar al cielo sin cordura,
y entre los brindis del licor superfluo,
partir la tierra, empobrecer los mares,
y un con los dioses litigar altares.
¿Y vosotras, deidades, lo sufristeis?
¿Porqué teneis al pié tibios y lentos
los rayos, si à abrasar y hacer cenizas
à estos impios, barbaros, soberbios,
no os vuelan de las manos? ¿Por ventura
temeis que este invencible audaz guerrero,
este terror de nuestro siglo llegue
à renovar la guerra que indiscretos
los gigantes al cielo amenazaban?
Yo os doy fé; se la doy al mundo entero,
de que eres cobarde. En el horrible
trance de las Filipicas sangriento,
yo no te vi desembainar la espada.
Por una y otra fila fuí yo mesmo
buscando à Octavio, mas Octavio entonces
estaba, consternando del vil miedo,
allá oculto entre carros y bagages.
Alma débil, espiritu altanero,
si ahora me has vencido, no le debes
à tu valor de Antonio el vencimiento.
De una muger la fuga, tus soldados,
y mi destino vencedor te hicieron.
Esto no es suficiente à que te juzgues
mayor que yo: te engañas en creerlo.
Vease entre nosotros quien mas digno
és de que le obedezca el universo
por su gran corazon. Yo no rehuso
la competencia con Octavio, pero
del litigio que pende todavia,
y à los heroicos estandartes nuestros;
en dos diviso todo el orbe à una,
decida oy el valor, no la fortuna.
Animo, Octavio. El gran momento es este
de demostrarte un heroe el mas excelso,
de tener en tu mano los destinos
de la tierra, y reinar en quietud luego
sobre las ruinas mias. Hayá paces
en el mundo; el estrago, los incendios
se eviten de una vez, y no se vierta
ya mas sangre inocente en este suelo.
Tú mortal enemigo soy yo solo,

Saca la espada.

desnuda pues, ese invencible acero,

te

te desafio à singular batalla,
si tienes corazon, si hai en ti aliento.
A las armas, Octavio, à la victoria;
evite un riesgo solo muchos riesgos,
un estrago sepulte muchas ruinas,
una sangre sufoque mil incendios,
perdone muchas vidas una espada,
y si es el reinar solos nuestro objeto,
Ahora desnuda la espada.
dense à la fama ya nuevos asuntos;
solos reinemos, ò muramos juntos.
Octav. Si pretendes morir, alma inhumana,
no faltan precipicios al despecho,
tósigos y puñales; mas yo el nombre
vil de homicida tuyo le detesto,
y no quiero que penda el gran destino
del orbe del impulso de un acero.
Eres bastante digno de mil muertes,
si abusas con tan barbaro ardimiento
de la dulzura mia, y si te haces
de un vencedor insultador soberbio.
¿Donde perdiste, di, con el sentido
aun el rubor? Pero jamás se vieron
en ti el uno, ni el otro. Odias à Roma,
porque tu madre fué. Se mira lleno
de tus libertinages el Egipto.
¿Tus robos, tus enormes sacrilegios,
tus crueldades, insultos y venganzas
celebres, son al mas remoto tiempo
en todas las Filipicas por obra
del Orador de Arpino; y recogiendo
de aquellos mis amores juveniles
las estampas, ò el rastro mas ligero,
oy, porque en sus errores no repara,
el casto Antonio me los hecha en cara?
No confundamos, insensato amante,
con leves culpas y privados yerros
los publicos delitos. Es rebelde,
es tirano, es cruel sin ley ni freno,
quien su patria envilece, quien al mundo
saquéa, quien defiende al traidor reo,
quien la inocencia oprime, quien derrama
golfos de sangre, y su crueldad siguiendo
lleva por todas partes los estragos
para alabarse al siglo venidero,
no de Fabio, y Scipion emulo altivo,
si de Egipcia deidad despojo vivo.
¡Rubor del mundo! ¿Y qué te sirve ahora,
nuevo Alexandro, fulminante estruendo
de la guerra, tu heroica valentia?
Mis victorias, no hai duda, se las debo
al inclito valor de mis soldados.
Tu se las debes solo à un furor ciego.
Ebrio de amor, de zelos poseído,
si combates, si triunfas, si huyes lento;
aníma tus clarines al conflicto
la Regia meretriz del vasto Egipto.
Depón en mi presencia, alma enemiga,
si has de usarlos asi, la espada y yelmo.
Nuestra gran madre Roma no permite
que contigo divida yo el Imperio,
para ver que à los arbitros de un mundo,
dicte una muger leyes. A tu esfuerzo
me hace escolta el honor. De ti sean dignas
tus venganzas tambien, y al campal duelo
me provoque un soldado, no un amante,
que el desafio prontamente acepto.
Pero no siendo asi, yo no me digno
de infamar los realces de este acero
con sangre de un Adonis. Oye, Antonio,
tu destino cifrado en breves ecos.
De una silaba tuya pende ahora.
Pronto me ves à deponer contento
las augustas insignias de la guerra,
y à despedir mis tropas desde luego.
Haga lo mismo Antonio en este instante.
Juntos, inermes, solos è indefensos
à sus puertas nos mire la gran Roma,
y pese nuestros inclitos derechos,
quedando la contienda fenecida.
Ella, que es madre, entre los dos decida.
Quando esto no te agrade, vuelve al campo,

ani-

animen los clarines al encuentro.
Yo esparciré por todo la ruina,
el estrago, las iras y el incendio,
verás correr el Nilo sangre humana,
arder Alexandría en voráz fuego,
desprenderse en cenizas todo el mundo,
y entre la sombra, el humo y el estruendo,
caer sobre el muerto el vivo y oprimido,
morir el vencedor sobre el vencido.
Resuelve, Antonio.

Anton. Si... vamos à Roma.
Ya cedo à tus instancias. He resuelto,
y en mi justicia mi defensa fio.

Sale Cleopatra sin corona.

Cleop. Ah! que vas à morir, esposo mio.
Paces, si, Antonio, paces; mas las armas
no abandone tu mano, ni indifenso
te presentes en Roma. Baste à Octavio
que à su amistad te enlace nudo nuevo.
Baste por fin, que ceda yo à su hermana
el esposo, y con él, el nombre recto.

Saca un soldado la corona en una bandexa, y se la postra.

Mira à tus pies rendida mi corona,
mi cetro, mi poder, quanto poseo,
y à mi misma tambien. Antonio viva;
reine en Oriente: su lealtad reciva,
sea igual tuyo en el excelso trono,
y yo digna de ti, que este es mi abono.

Octav. Oh astucia femenil!

Anton. Ay dueño mio, *La levanta.*
jamás se verifique en mi desprecio,
que en este acto servil, en esta humilde
fortuna, en abandono tan funesto,
y sin reinar Antonio te permita
mientras viviere, ò viva en otro pecho.
Tu bello corazon, tu alma sublime,
no solo de un Antonio, de mil reinos
digna te constituye, y solicito
mostrarme tambien digno de tu afecto.
Octavio, nunca paz: al arma.

Octav. Guerra,
y en el volcan que animo arda la tierra. *Vase.*

Cleop. Nuevos riesgos, oh Dios!

Anton. Nuevas victorias
debes decir, mi bien, que si peleo
à la luz de tus ojos, sus influxos
animarán mi espiritu guerrero.

Cleop. Ellos serán tu guia, y si de Marte
no siempre es en la lid arbitra Venus,
consiga el vencedor toda la gloria
del triunfar, y el vencido la victoria.

Los 2. Que en las lides de Marte y de Cupido,
se oprime el vencedor, triunfa el vencido.

ACTO V.

Campaña comun. Piramide en perspectiva, que ha de ser practicable.

Antonio y Ventidio.

Anton. Barbara estrella, numenes injustos,
otra vez (ay de mi!) vuelvo vencido.
Vivo desesperado, y à mi suerte
no hai enmienda. En volcanes arder miro
el palacio, y se inunda Alexandría
de las huestes de Octavio mi enemigo.
Viles soldados mios, asi aleves,
¿el puerto y la ciudad habeis cedido
al vencedor? Mas tú, Pretór cobarde,
tú, vil Romano, en el fatal conflicto
no tubiste el pié firme una hora entera?
Tus esquadras en riesgo tan preciso
à la fuga se mueven, y me dexan
abandonado y solo. Ah! tu delito
en tu cobarde vida se escarmiente.

Vent. Yere, pero mi pecho está inocente.
¿Qué no intenté por ti? De mi ardimiento
llamo al cielo y la tierra por testigos,
y à la sangre que brota de esta herida.
Entre el nocturno horror, sombras y abismos,
todo anunciaba una cabal victoria
à mis esquadras. El heroico hijo

de

de Cleopatra en la lanza conducia
enarbolada al viento por aviso
del Dictador la ensangrentada vesta,
y tanto contra Octavio habia encendido
espiritu de horror y de venganza
en los nuestros, que en sangre y furór tintos,
cada Capitan tuyo parecia
un heroe, y el soldado mas remiso
un Capitan. Desagradó à la madre
del hijo generoso el marcial brio,
y timida, temblando consternada,
para nosotros corre, abre camino
entre selvas de aceros, la sangrienta
insignia sin que puedan impedirlo
le arranca de la mano, y entre todos
gritando à voces: Paz, Romanos mios,
paz, que esta no es Farsalia, en quantos halla,
todo apagó el ardor de la batalla.
A aquel acto y sus voces abatieron
à la tierra las armas los Egipcios,
baxan todas sus naves las entenas,
y en murmureo comun, confuso, mixto
de alegria y terror, para tu agravio
se oyó aclamar Emperador à Octavio.
Inutilmente usé las amenazas
y los ruegos, Señor. Me encuentras vivo
por mi afrenta... Vé aqui quien nos destina...

Anton. Veo... si... à quien causó toda mi ruina.

Sale Cleopatra.

Barbara muger fiera, ¿con que el cielo
puso injusto en tu mano mis destinos,
para que indignamente me pretendas
opreso, ruboroso, envilecido,
y aun en la última ruina? Cruel, ahora
estarás satisfecha. Mis amigos
ya no existen, mis tropas me abandonan,
ya he perdido el Oriente, ha he perdido
todo el honor. toda la gloria y todos
quantos lauros la fama me previno.
Por ti sola, por ti, muger ingrata,
consumé tan terrible sacrificio:
¿y qué puedo hacer mas? Solo conservo
esta vida que existe à pesar mio.
¿Y porqué tambien esta no me quitas,
alma siempre cruel? Yo no la estimo,
ni vida he de llamarla quando solo
para mi eterno deshonor respiro.
Tú pudiste arrancarme de las sienes
la corona de un mundo que conquisto.
Tú me hiciste caer la vengativa
espada de la mano, y à tu hijo
usurpaste él puñal que el grande Cesar
vibraba, y que pudiera en el conflicto
establecerte en el supremo trono.
Pudiera Cesarion, segun su brio,
de tan solo un Antonio ser segundo,
y hacer temblar al piè de Antonio el mundo.
¿Si deseas mirarme entre cadenas,
y que Octavio posea el solio altivo,
quien dirá que no le amas? Alma iniqua,
tú le amas, si, bastante lo exâmino,
mas sufrirás la pena de tu aleve,
de tu inconstante afecto mal nacido.
En lugar de finezas amorosas,
ya te prepara el nuevo amante impio,
que conoces mui poco todavia,
esclavitud, afrentas y desvios.
El no ama à la Reyna del Oriente,
ama la gloria de llevarla en grillos
à las soberbias ruedas de su triunfo
ligada, porque en marmol quede escrito.
(mientras rie la plebe, espectadora
de tu fatal tragedia) Oy triunfa invicto
de una muger Octavio, en testimonio
de que triunf_ba una muger de Antonio.
Vé, que de tus afrentas te hace digna
tu inconstancia. Tus miseros suspiros
no oiré yo, ni veré tus desventuras,
porque à Antonio le hicieron sus destinos

infeliz, mas no infame, y sabe Antonio
quanto le cuesta amor, que lo ha aprendido
à todo precio; mas segun se infiere,
no sabe una muger como se muere. *vas.*

Cleop. ¿Asi me trata tu Señor, y luego
me abandona? ¿Tan vil ha parecido
una Reyna à sus ojos, que desdeña
escuchar sus disculpas? ¿Mi cariño
le abre à la paz la senda mas gloriosa,
no quiero sufrir reo al hijo mio
de una traicion infame; salvar juzgo
con él todo un exercito florido,
que su ciego furór destruir trata,
y soy una muger barbara ingrata?
El ingrato es Antonio, pues desprecia
los consejos que amante le apercibo,
y no escucha otras voces que los ecos
de su orgullo. No espere Antonio impio
verme otra vez, ò solo vuelva à verme
en la obscura tiniebla del abismo,
donde apresuro ahora el pié ligero.
Dile que sé morir; que en él le espero. *Vase.*

Vent. Muero de horror. Antonio despechado,
Cleopatra amenazando desvarios,
el mundo ardiendo en guerras, é insensibles
los cielos, todo anuncia precipicios,
y aun el mio se advierte mui cercano.

Octavio y Agripa.

Octav. ¿Adonde está la Reyna? Di, Ventidio.

Vent. Donde quiera que esté, ya no te teme.

Octav. No la busco à temores. Solicito
librar su vida. Dime, ¿donde se halla?

Vent. Dentro de ese piramide erigido
de gran tiempo à esta parte Mauseolo
à los excelsos Reyes del Egipto,
se ocultó en este instante.

Octav. Agripa, si ella
muere, segun de todo lo colijo,
nuestro aprecio mejor falta en su vida;
falta al aparatoso triunfo mio,
el ornato mas bello. Todo, todo
se intente. Vé, embaraza su peligro,
corre, amenaza, ruega; freno y margen,
opón à sus despechos imprevistos,
para evitar impulso tan tirano.

Agrip. Todo lo haré, mas todo será en vano.
El que morir desea encuentra llanas
las sendas de morir. ¿Si à fuerza insisto
introducirme dentro, quien detiene
su brazo al dar el golpe executivo,
que su pecho penetre airado y fiero?
Si voy es muerta.

Octav. Y morirá si espero.

Octav. ¿Qué debemos hacer? Ventidio, habla.
¿Qué me aconsejas tú?

Vent. Señor invicto;
arbitro de mi sangre y de mi vida,
se puede hacer un vencedor altivo,
mas de mi fé jamás. Todos nosotros
à tu dicha, y tus armas nos rendimos.
Soy vencido tambien de ti. Tu mano
me franquea la vida que respiro,
y aunque la suerte mi esperanza trunca,
soy prisionero yá, mas traidor nunca. *Vase.*

Octav. Ventidio es buen Romano; mas yo anhelo
vér en salvo à la Reyna del Egipto.
Valga el engaño, pues, donde la fuerza
es inutil. Soldados, al proviso
conducid entre rigidas cadenas
al hijo de Cleopatra.

Agrip. ¿Y qué designio
es el tuyo, Señor? ¿Qué solicitas
de un inocente joven? ¡Ah! el destino
no permita jamás que un hostil acto
de crueldad, un exemplo, acaso, indigno,
todas las glorias tuyas obscurezca.
Yo mismo deberé llamarte impio
fratricida y cruel, si una sed fiera
en la sangre de Cesar siempre invicto,

que

que es la tuya tambien, sacias tu ira.
Octav. Antes que lo pronuncies, oye y mira.
Agrip. Ya llega el prisionero à tu presencia.

Sacan à Cesarion encadenado.

Octav. Ven, ò tu, de Cleopatra infeliz hijo,
y à vista de tu dueño no sonrojes
tu semblante, ni timido, ù remiso
niegues los ojos al aspecto suyo.
Cesar. Llamame hijo de Cesar, tio tuyo.
Llamame Cesarion, y à tu semblante
se pasará el rubor que en mi has creído.
Antes, vanaglorioso de mi suerte,
viviré siempre entre estos yerros mismos
que me oprimen el pié; que el alma indigna
ciñen de Octavio; y que en informes gritos
darán fé à todo el mundo, bien que en vano,
de que eres vencedor, pero tirano.
Octav. Temerario garzon, en este dia
no te hubiera la vida concedido
por dos veces si fuese yo un tirano,
y ahora te la quitará vengativo.
Yo no respeto en ti, segun pretendes,
la gloria, ni la sangre de mi tio
el gran Cesar. Agravio hace à su nombre
el ser tu padre. En ti respeto unidos
mi gloria y mi deber. Con razon fuera
en la futura edad mi nombre altivo
objeto de irrision, burla y desprecio
si me hiciese temblar un rapaz necio.
Guerdias, desenlazadle. Alma perversa, *Lo executan.*
vive por tu rubor. Desde ahora olvido
y perdono à la tierna edad lozana
quantos vanos esfuerzos tu orgullo hizo
en la pasada noche. El Reyno tuyo
te doy, y à tu real madre tambien libro:
Vé, y sin que à la demora te permitas,
dila que Octavio es vencedor è invicto,
mas no tirano. Di que viva y reine,
que ya hizo en mi favor quanto su brio
me pudo prometer; que de mi aguarde
la fé...
Cesar. No lo diré jamás, cobarde.
La madre mia es Reyna, y sus deberes
que alguno se los muestre no es preciso.
Arbitros de los Reynos son los cielos,
no el presumptuoso Octavio envanecido.
La vida que me dás, no es un don nunca
para mi, para ti será un castigo.
Calumniame de ingrato quanto quieras.
Yo naci soberano, y no imagino
morir esclavo tuyo. Teme, teme,
cruel, en Cesarion mientras yo vivo
un heroico heredero del gran Cesar,
y no hagas de mis años tal ludibrio,
quando aun entre vosotros veces tantas
postra un rapáz los heroes à sus plantas.
Octav. ¿Me amenazas? Pues bien; antes que crezcas,
oh azote de los heroes peregrino!
es preciso que próvida se aplique
para arrancar del mundo tan nocivo
renuevo una segur. Ola, soldados,
à ese tronco se ligue.
Agrip. Ah, Señor mio!
Le atan à un tronco.
Tu tio considera.
Cesar. Mentis todos.
No, soldados, aqueste no es sobrino
del muerto Dictador. Es impostura:
su hijo soy yo: en las obras lo habeis visto.
Si oy armára mi mano vengativa
de un desnudo puñal el duro filo,
le veriais temblar à ete heroe fuerte,
y yo aun no tiemblo à vista de la muerte.
Agrip. ¡Qué magnanimo ardor! No lisongéo,
Señor; mas tu ira...

Octav. Calla, qué yo finjo.
Soldados vuestras flechas voladoras
penetran ese pecho endurecido,
y su sangre por bocas repetidas
riegue la tierra inutil desperdicio.
Si la barbara Reyna madre suya
no puede verle en el mortal conflicto,
escuche desde el Erebo sus quexas,
y venga ella à librarle. Al furór mio,
sería escudo en duda tan incierta
solo una madre.

Sale Ventidio.

Ventid. Oh Dios! Su madre es muerta.
Octav. Muerta Cleopatra? ¿Cómo? ¿De qué suerte
lo sabes?
Vent. El palacio conmovido
se vé; todas sus Damas lo publican
que la vieron morir.
Cesar. Ah infiel desatino.
Madre infelice! Oh Dios! Barbaro, ahora
matame por piedad.
Agrip. Perdona al hijo,
pues la madre no existe.
Octav. Desatadle,
y goce libre el trono del Egipto.
Agrip. Ya estás libre.
Cesar. Murió mi madre bella.
Mas ¿donde está? Quiero morir con ella. *Vase.*
Agrip. Ya vencisteis, Señor, por quanto escucho.
Octav. Soy vencedor; pero he perdido mucho. *Vase.*
Agrip. Vé aqui Antonio.
Vent. ¿Qué veo? Huya su vista.
La noticia fatal llegue à su oído
por diferente senda, y de mis voces
no reciba la muerte.

Sale Antonio.

Anton. ¡Aun mis amigos
me miran con horror! ¿Ventidio ingrato,
¿porque huyes de mi vista? ¿Mas qué miro?
Ah! qué terrible objeto! Agripa existe
à mis ojos. Apartate, enemigo,
no se acerque ninguno de vosotros
à mi. Sobre la vida que respiro
no hai quien tenga derecho sino el cielo,
y solo el mismo Antonio. Di, Ventidio,
¿Es verdad el murmureo que se escúcha?
¿La Reyna falleció?
Agrip. Si; ha fallecido.
Llora, cruel Antonio, tu triste hado,
y horrorizete el tuyo. Dobla, altivo,
al vencedor esa soberbia frente;
implora la clemencia y el auxilio
de Roma. Ella es tu madre, te desea,
sus brazos te prepara y te nombra hijo,
como à Octavio, que en fin, tu orgullo doma.
Anton. ¿Qué hijo suyo, qué Octavio, di, qué Roma?
Yo no sé quien es Roma, ni otras leyes
que las de mi pasion jamás recibo,
y no conozco alguno que aterrarme
pueda. Huye de mis ojos, vete, iniquo
Agripa; dexame, que ya me veo
incapaz de razon, y al cielo mismo
osaré amenazar.

Agripa se vá con un acto de desprecio y compasion.

Cleopatra es muerta;
no vive ya el amado idolo mio.
Vé aqui el terror de Antonio; vé aqui el fiero
golpe fatal que su animo ha oprimido,
pero no le envilece: en su cotejo
desprecio à Octavio, à Roma desestimo,
insulto à las estrellas, me aborrezco,
y tan solo me basta en mis conflictos,
te-

tener entre tan viles negras almas,
un singular y verdadero amigo,
à quien mas que à mí mismo le interesa
mi gloria. Ese eres tú, noble Ventidio.
Un sacrificio digno de mi solo
la sombra de Cleopatra en los abismos
espera. Todo el mundo pide à voces
venganza y libertad. Libra benigno
la patria tuya, libra al orbe entero
de un continuo terror. Si escusas tibio
à la grande obra el brazo; si estremeces
tu débil corazon al acto digno;
eres perjuro, impio è inhumano;
ni eres mi amigo ya, ni eres Romano.

Vent. ¿Y qué he de hacer por ti? Leal fué siempre
Ventidio à tu amistad. En el peligro
ultimo de mi vida seré tuyo
à costa del aliento que respiro.
¿Qué debo hacer en trance tan estrecho?

Anton. Aqueste es un puñal... Rasga mi pecho.

Vent. ¿Que yo te mate? Entiendo... Tú pretendes
de mi fidelidad, de mi cariño
la ultima prueba, prueba en fin de sangre.
Vé aqui mi sangre, pues. Mira partido *Se yere.*
por esta herida el corazon sincero...
Te amé.... asi.... la amistad.... asi... venero....

Apoyandose à los bastidores se entra dexandose el puñal.

Anton. Que ví! Misero amigo! Alma sublime!
Verdadero Romano! Ilustre y digno
participe al destino rigoroso
de Antonio; ah! tú me enseñas advertido
el arte de morir. Tú me sonrojas
la femenil flaqueza en que remiso
imploró mi valor auxilio ageno.
¿Donde está, donde el yerro vengativo
que ya aprendió à matar? Vesle aqui... Antonio;
esta sangre que tiñe su audaz filo,
es tu rubor, es la ignominia tuya.
Sobre tus huellas parto, fiel Ventidio.
Recíbeme en tus brazos, tierna esposa.
Por ti fui la ojeriza del destino,
el horror de los cielos y del mundo,
pero lexos de ti me odio à mí mismo.
Idolo mio, esperame à la orilla
del pálido Letéo, que no tibio
será en seguir tu sombra mi pié yerto.

Se yere.

Vé aqui el fin de mis penas. Yo soy muerto...
Ya todo es fenecido. Roma. Octavio...
Antonio ya no os teme... Yo vacilo...
yo sudo... me estremezco... Ay! y qual negra
noche inunda de sombras mis sentidos!
Ay de mi? ¿Donde está el sangriento busto
de Cleopatra? Aun conservo tanto brio,
que le puedo mirar... Ola... soldados,

Salen.

conducidme à él.

Sale Cleopatra.

Cleop. ¿Antonio?

Anton. Tristes hados!

Cleop. ¿Tú espirando?

Anton. ¿Tú viva?

Cleop. Por salvarte
fingí mi muerte en riesgo tan preciso.

Anton. Ah!... tu fingida muerte... à mi... me cuesta
la vida...

Cleop. Yo por ti la sacrifico.

Anton. Muera yo... y vive...

Cleop. El cielo no lo quiera.

Anton. Lo quiere amor.

Cleop. Mi vida.

Anton. Idolo mio.

Cleop. Querido esposo, amante verdadero,
yo viví para ti.

Anton. Yo por ti muero. *Le llevan.*

Cleop. Ya no respira.
Furias infernales,
¿qué tardais, que con paso executivo

no

no venis, y en mi pecho verteis toda
vuestra fatal cicuta? Centro impio,
¿porque no me confundes? Justos cielos,
¿porqué contra mi pecho enternecido
no arrojais vuestras rigidas saetas?...
Murió un heroe qual Roma igual no ha visto
jamás. Murió un Antonio; la esperanza
de Cleopatra con él ha fallecido,
y yo, cruel, facilité su estrago;
yo, que tanto le amé. ¿Donde dirijo
mi vacilante planta? ¿Donde huyo?...
¿Donde me esconderé de mi martirio,
para que sienta menos los horrores
de mi crueldad?... En todas partes miro
objetos de terror. Mi bien, cadaver,
un Reyno opreso, un vencedor altivo,
yerros, esclavitud... Solo la muerte
se presenta à los tristes ojos mios
con aspecto mas grato y menos duro,
y tan solo la muerte mis conflictos
puede terminar ya... ¿Donde se oculta
aquel puñal traidor? Dexadme, amigos,

Quiere quitar una espada à los de la guardia y no lo permiten.

por piedad una espada. Nadie insulte
mi frenesi, mi pena y mi exterminio,
si de mi estrago compasion recibe.
Muera Cleopatra en fin.

Octavio, Agripa y Soldados.

Octav. No, Reyna; vive.
Vive à gloria de Roma. Ella te espera
à ilustrar con tus ojos peregrinos
nuestro cielo, y ornar el Campidolio
solo con tu presencia de prodigios.
No molesten tu vida las insidias,
conservala para mejor destino.
El cuidado mayor mitiga el tiempo.
Un furór despechado ha conducido
à tu amante à la muerte, y no la debes
tú querer imitar. El era impio,
tumultuoso y cruel; era altanero,
arrogante...

Cleop. Y tú vil y lisongero.
Venciste, Octavio, mas respeta al menos
la memoria de Antonio; y aun benigno
permite que los ultimos honores
reciban sus despojos siempre invictos,
y que tambien corone por mi mano
la urna que ha de ocultar el busto frio,
de odoriferas flores. Ah! no vean
insepulto las playas del Egipto
à un cuñado de Octavio, à un Ciudadano
de Roma. Este conato será mio,
si le permites tú.

Octav. Que se execute.
Más tú vivirás, Reyna. En el olvido
sepultarás amargos sentimientos,
y à Roma por tu gusto irás conmigo,
donde debo partir muy prontamente.

Cleop. Yo lo prometo. Andad, traedme al proviso
el dorado azafate, que de flores *A una Dama.*
lleno os mande guardar... Fué mi designio
reservarlas à honores de la frente,
pero ya à uso mejor las sacrifico.
Viertanse por mi mano sobre el yerto
cadaver del Romano mas invicto,
del heroe mas valiente, de un esposo
que tanto amé; y el túmulo sombrio

Traen y la presentan un canastillo de flores.

se le adorne tambien como el sepulcro
(veislas aqui) de rosas y jacintos.
Sombra del grande Antonio, sombra ilustre,
acepta el noble dón que te dedico;
dón precioso, aunque dadiva funesta,
si à quien te amó toda su sangre cuesta.

Saca de enmedio de las flores un aspid, y se le aplica à un brazo.

Agrip. ¿Qué haces, Reyna infelice?
Octav. Ah! me engañaste.
Cleop. Octavio, todo es justo y permitido

à

à quien muere. No va à obstentar Cleopatra
en la orilla del Tiber cristalino
sus barbaras cadenas, y à la enorme
espectacion de un pueblo conmovido,
no se reirán, no, de sus querellas
las latinas matronas y doncellas.
Domador de la tierra, tú no triunfas
de mí. Tambien se sabe en el Egipto
morir ilustremente. Tambien puede
hacer una muger befa y ludibrio
del vencedor. Si acaso por precepto
tuyo, falta un puñal al dolor mio,
à mis votos no ha sido sordo ahora,
bien que sordos tal vez se hayan fingido,
aqueste aspid cruel, cuya ponzoña
discurre por mis venas... ¡Qué horror frio
se introduce en mis miembros!... Yo desmayo...

Octavio quiere sostenerla.

¿Quién es quien me sostiene? Aparta, indigno;
viva te odié... te odio en mi muerte... y muero
mas gloriosa que tú. Por ti, enemigo,
pierdo un esposo... un hijo... una corona...
todo... por ti... inhumano lo he perdido.
Vé aqui de tus victorias... todo el fruto.
Ah! renazca à vengarme un nuevo Bruto.

Octav. Reyna desventurada! ¡Horrido exemplo
de amoroso furór! Dia nocivo,
funesto dia, que al horror de tanta
mortandad, de mis ojos compasivos
extrae à fuerza el llanto! Cese la ira;
bastante sangre humana se ha vertido,
dese tregua à la ruina, ócio al acero,
y al fin se reine en paz, porque à otros siglos
sirva de espejo el venturoso, el justo
siglo siempre inmortal de Octavio augusto.

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibert y Tutó, Impresor y Librero en la Libreteria, donde se hallará.

Y en Madrid en la Libreria de Manuel Quiroga, calle de la Concepcion Geronima junto à Barrio nuevo, y otras de diferentes titulos.